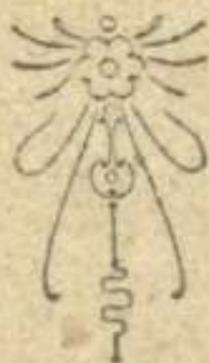
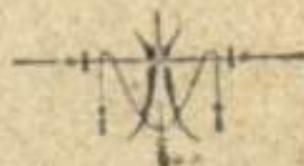


Juan Jiménez López



Prologos

PROSA Y VERSO



Jim

↔ UNA PESETA ↔



MURCIA.—1899

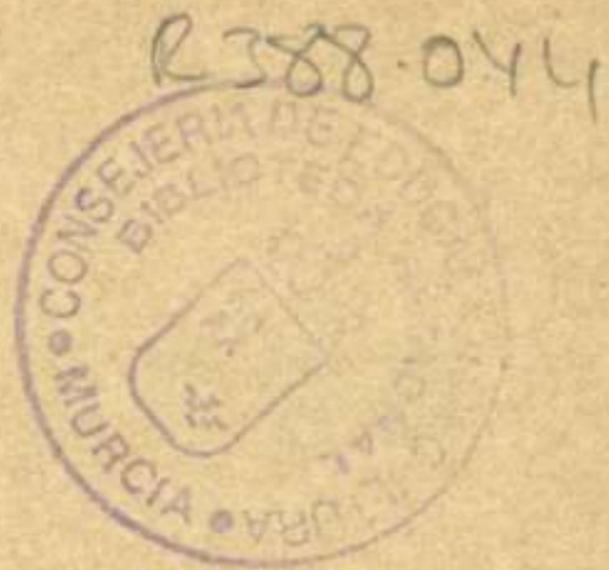
TIPOGRAFIA COMERCIAL

BIBLIOTECA REGIONAL



1487654

DNJ
13298



SIN PRÓLOGO

ht. 233309



SIN PRÓLOGO

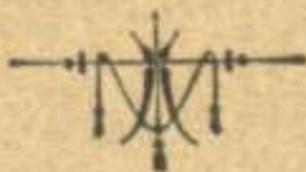
COLECCION

DE

ARTICULOS Y VERSOS

POR

JUAN JIMÉNEZ LÓPEZ



EDITOR

Valentin Martínez y Sicluna. — Murcia

1899



ES PROPIEDAD

Tipografía Comercial, — MURCIA

Al Sr.

Don Andrés Baquero Almansa.

A V., honrado patricio, por quien poseo la íntima convicción, que sin interés mezquino se prestaría á todo género de sacrificios en pró de la prosperidad de nuestra común madre, Murcia.

A V., tan acreditado por su claro entendimiento y su delicado gusto para juzgar todo trabajo literario.

A V., erudito escritor y sábio catedrático, por su merecida reputación en la república de las Letras y en los centros docentes del saber.

A V., á quien tanto estimo y respeto desde nuestra infancia, dedico este mo-

desto libro, que sin pretensiones e...
à la dispensa de aquellos que me favo-
rezcan con su adquisición y me honren
con su lectura.

Por ello, reciba V. esta sencilla ofren-
da, como homenaje à sus altas dotes de
patricio, sábio y honrado, notables pren-
das que siempre han sido estimadas y
admiradas por el que le es su respetuoso

y s. s. q. b. s. m.,

Juan Jiménez López

Murcia.

CARTA A EL AUTOR

Amigo Juan:

Me permito dirigirte esta carta, para darte conocimiento de un pensamiento que he tenido.

Después de leer algunos de tus escritos y saborear con deleite algunas de tus ocurrencias, te pregunto:

¿Tienes inconveniente en que, escogiendo varios de aquellos, los reúna en un tomo, para darlos a la publicidad?

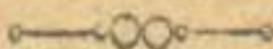
Mira, chico, yo creo que hasta los malos poetas son escuchados. Tú, sin ser de los buenos, tampoco eres de los peores.

De tu favorable respuesta, depende el colocar sobre las cajas las primeras cuartillas.

Tu siempre amigo,

Valentin Martinez.

Murcia y Mayo 1899.



CONTESTACION

Amigo Valentin:

La complacencia y benignidad que te impetó tu proceder generoso para conmigo, rindiendo homenaje á esa deidad que tanto adoraron los griegos, llamada Amistad, en mi sentir observo un estímulo, que me delinea derroteros, elevando en mi mente propósitos á los que por situaciones fáciles de comprender por tí y mis queridos paisanos, estaba ajeno de seguir, movido al influjo de las circunstancias de mi penosa y accidentada vida, en este periodo del presente.

Árduo empeño es el tuyo, caro amigo, el alentarme y facilitarme los medios para publicar en un libro tan modestos pensamientos como los que contie-

nen los mal pergeñados escritos, que en distintas ocasiones he tenido la noble aspiración de lanzar al estadio de la prensa, no movido con ello el hacer alardes de sabiduría en profundos conocimientos.

Bien son conocidos en la tierra que me vió nacer, los orígenes de mis aficiones literarias: los pocos títulos académicos que puedo ostentar, méritos ó desméritos que muy sencillamente se dejan observar por aquellos que en diferentes veces me han dictado nociones, que me sirvieron de provecho y de enseñanza.

Bondades reconocidas á las que, en el fondo del alma, guardaré acendrada gratitud.

Por ello me consuela que, debido á estas provechosas lecciones de ilustrados, capaces más que yo, fueran la causa de que mi modesta firma se estampara en las columnas del periodismo y pudiera llegar el grato momento de que saborearas mis ocurrencias, como oport-

tunamente explicas al manifestarme el deseo de ser mi editor.

Es decir, mi protector; y no te apropio el título de Mecenas, porque te disgustaría la comparación con el censor de Augusto, y en relación á mi personalidad sería demasiado incorrecto y sobremanera irrisorio en este caso el comentar los preclaros nombres de los Virgilibios y los Cervantes.

Pero la importancia de mis asertos está explicada al indicar, que tú, honrado obrero, elevando el corazón, sabes proteger al amigo.

Dios quiera que tus trabajos en mi pró, resulten fructíferos, y, por ende, la exposición del libro en el campo de la publicidad, merezca los honores de la dispensa, al examinar el lector las muchas faltas que en sí contienen mis modestos escritos.

Porque no abrigo la vana pretensión de creer que ofrezcan novedad en la hermosa tierra, donde tan claras imaginaciones bullen y donde tanto selecto

escritor, extendiendo la pluma sobre el papel, ha logrado inflamar los corazones, con la inspiración feliz y el profundo estudio de los conocimientos humanos, elevando á Murcia al más alto renombre.

A nuestra común madre, querido Valentin.

A la que no en valde tiene por emblema un escudo siete veces coronado.

La laureada Isis de Levante, á la que pródiga naturaleza concedió el cuerno de la Abundancia colmado de plantas, flores y esencias, para extenderlo en su poético vergel, donde indolente se asienta, como graciosa y magestuosa Sultana.

Nuestra noble Murcia.

Leal como ninguna.

A la que por su fidelidad, guarda bajo los antros de su suntuosa Catedral, la copa donde se deposita, cual la hoja de la rosa marchita, el corazón del más sábio de los reyes.

Del Salomón castellano, al que Astrea, desde las etéreas regiones, elogió la cultura de ese tan famosísimo Código, espejo del Derecho, llamado las Siete Partidas.

La ciudad ilustrada por las ciencias, las artes y las armas.

La que recibió el laurel de Apolo.

La que ornó su frente con la corona de Minerva.

La que dió vida à esa pléyade de insignes, autoridades de la ciencia y del arte, ilustres murcianos que tan admirados han sido en el mundo civilizado.

Baste citar en prueba y según acuden à mi memoria, los nombres de periodistas tan eminentes, fijándonos en el transcurso de tiempo que ha pasado desde la aparición del primer número de El Correo de Murcia, à fines del siglo XVIII, hasta la fecha, y veremos con gran respeto los trabajos literarios de los Mesequeres, los Clemencin, los Selgas, los Arnaos, los Hernández Amores,

Federico Balart y tantos otros reputados de exuberancia de ingenio.

De este respeto general á la memoria ilustre de los que con su talento lograron corona inmarcesible, parten mis justos temores al considerar mi desaliñado estilo, comparado con la grandilocuente erudición de escritores tan respetados y con la elevada ilustración de los dignos compañeros, que con tanta alteza de miras ejercen en Murcia el sacerdocio del periodismo.

Estas y otras consideraciones por el estilo que se me ocurren, creo fielmente que valen mi disculpa, si disculpa podemos tener, tú, Valentin, como edictor, y yo como autor del libro que pensamos publicar; y entre las varias dificultades con que tropiezo al emitir estos juicios, es la idea que me ha sugerido, ó mejor dicho, el capricho de que mi pobre libro no contenga prólogo, porque no vale la pena que una mesa revuelta de artículos y de versos ramplones, ocupe la atención de eruditos que saben

más que yo, sujeto siempre el autor á grandes errores.

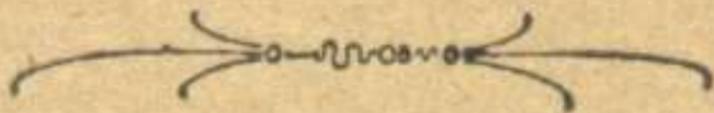
¿Quién nos podrá asegurar que sin padrino, vayamos á lo más característico y mejor del caso?

Y tal vez esta mi opinión se requiera para dar al público mejor idea de lo que será el libro intitulado Sin Prólogo.

Tuyo agradecido, que guardará indeleble en el corazón el recuerdo grato de tu afecto,

Juan Jiménez López.

Murcia y Junio 1899.



CRISTO

*Diez y nueve siglos lucha
la humanidad por Cristo, y
nunca acabará de luchar.*

(Napoleón Bonaparte, en
la Isla de Santa Elena.)

Una aurora bella, sonrosada, dando cuerpo al crepúsculo matutino en el primer día dorado de nuestra vida, despertó del sueño de las antiguas creencias á los pueblos que por tan largos siglos habian estado sumidos bajo el peso de la barbarie y de la esclavitud.

Mensajera de un nuevo sol que con sus dorados rayos iba á eclipsar todo lo que hasta entonces la tradición y la historia pudieran comentar, dejando opacos y sombríos los recuerdos de los vastos imperios, la grandeza de los conquistadores, la altanería de los sátrapas y la fiereza de los ejércitos.

La memoria del mundo antiguo iba á quedar envuelta, como el lucero de la ma-

ñana, entre los fulgores del astro rey del día, oscureciendo las mayores maravillas de la tierra: á Babilonia con sus descomunales murallas, sus canales y puentes sobre el Eufrates, su gigantesca torre; á Egipto con sus pirámides; á la India con sus templos; á Grecia con sus bellezas arquitectónicas; á Roma con sus conquistas; á Cartago con su comercio, y á los hijos de Iberia con sus valentías y destrezas.

El orgullo de Nino, el ingenio de Semíramis, la figura de Alejandro, la magestad de Ciro, el patriotismo de Leonidas, el poder de Artajerjes, la astucia de Annibal, la grandeza de César, la democracia de Bruto, el arrojo de Scévola y la fiereza de la matrona de Cartago, arrojando los hijos al fuego sacro, para no ser infamados por el vencedor.

Todo pálidas tintas.

La sabiduría de Licurgo, la filosofía de Sócrates, el cinismo de Diógenes, la legislación de Confucio, la oratoria de Cicerón, la poesía de Homero, la mitología pagana, las creencias druidas, la religión escandinava de Odin...

Todo sombras imperceptibles ante aquel sol misterioso que alumbró al mundo, empezando por el Oriente, el día en que nació un niño, posando su infantil y delicado

cuerpo en un miserable establo, como emblema del pueblo trabajador.

Este niño, nombrado el Mesías, como dieron en llamarle los profetas, asombro de los sábios en el templo, era el privilegiado para ser la cegida del mundo moderno, haciendo comprender al hombre sus derechos y deberes, é inaugurando la gran revolución humana, que nunca terminará mientras la sinrazón se oponga á lo prescrito por las leyes de la justicia.

Su vida fué breve en años, pero dilatada en doctrinas, su talento fué inmenso; su independencia de alma grande, su amor hacia el hombre rayó en locura; temerario hasta salvar la humanidad, no tuvo otra ambición que el predicar la emancipación del esclavo.

Desafiando la ciencia falsa de los doctores, que desde épocas muy remotas venía embruteciendo á la especie humana; combatiendo la inmoral teología que representa á Dios adornado de riqueza esplendorosa; poniendo de relieve que la belleza del alma es el símbolo de la Caridad y que El, descalzo y sin pompas mundanales, llama á los *últimos entre los últimos*, á los pobres, á quienes consuela con estas hermosas palabras: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*, demuestra

que es más grande que todas las filosofías, que todas las escuelas, que todas las religiones.

¿Cómo no había de sacrificar la sociedad liberticida de aquel tiempo, compuesta de tiranos y falsos sacerdotes, al que elije por discípulos á unos pobres pescadores y pretende herede el desheredado y rompa sus cadenas el oprimido?

¿Cómo no había de maltratar al autor del libro santo, por excelencia, cuya lectura ataca toda tentación de propiedad, ensalza el reinado de los humildes y revela el anuncio de las redenciones sociales?

¡Sublime Evangelio!

¡Inspiración sin igual!

Por concebir la idea de la verdad, por propagar la ley inmutable de naturaleza, que es la libertad, principio sagrado del derecho, fué vilmente calunniado y apostrofado; su valor no flaqueó ante el tribunal que le condenó á morir como á uno de los mayores criminales, y con resignación escuchó su sentencia.

Su fé no menguó ante el suplicio, conservando la dulzura de carácter hasta apurar las heces del dolor, y cuando después de cubrir su delicado rostro el febril tinte de la tristeza, de sus labios se escaparon estas hermosísimas palabras, que siempre harán

eco en los mundos conocidos: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.*

*

¿Qué siguió á la triste epopeya del Calvario?

Doce hombres se reúnen en una montaña; su misión es obedecer las órdenes póstumas del Divino Maestro; ván á separarse con objeto de propagar las doctrinas declaradas subversivas por el elemento teocrático del siglo, proponiendo nada menos que dar á la civilización entera el signo de una cruz.

Todas las naciones por donde ellos pasan, se alarman.

Roma llega hasta el colmo, cuando vislumbra que del espíritu del nuevo dogma se desprende el principio de abolir la esclavitud (por cada hombre libre, había diez esclavos), lo cual era casi tanto como destruir el Imperio; se dispone á no consentir una metamórfosis de cosas, cuya disolución social, según ella, se consideraba como la conclusión del mundo.

La resistencia llamó á la doctrina del Crucificado, llevando todas las fuerzas en su contra.

Los cristianos fueron declarados enemigos de Dios y de los hombres.

El hacha del verdugo empezó à verter sangre.

Los circos se vieron llenos de víctimas.

Nerón hizo de los cristianos teas para alumbrar los festines.

Las catacumbas sirvieron de asilo à los perseguidos.

Pero todo fuè en vano; los doce Apóstoles triunfaron sin màs armas ni màs elementos que las palabras del Evangelio,

*

Desde aquella época se inaugurò la gran revolución humana.

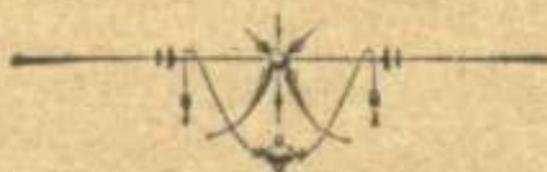
¡Cuántos mártires!

¡Cuántas transformaciones desde entonces!

Del Calvario nace una idea gigante que, identificando todos los siglos posteriores, civiliza al mismo tiempo que emancipa. rompe cadenas, dá fueros à la hembra criada en el más profundo grado de barbarie y abyección, impulsa la inmovilidad del hombre, que antes de la venida de Cristo tenía coartadas sus facultades naturales, lanzándole, aunque envuelto en sangre, en una senda vertiginosa de luz y de verdad; hermaniza à la familia, imprimiendo en la vida de la sociedad una nueva fisonomía, dando rápido empuje al progreso, ensan-

chando sus límites á cada paso que anda en su carrera, acreditando que con la propaganda de ideas del Crucificado, con la honradez y la libertad, la felicidad del hombre será un hecho, y el hombre no necesitará verdugos, ni la religión mártires, ni los tiranos inmolarán víctimas.

Madrid—1895.



LA NUEVA SAFFO

Fué muy hermosa Juana.

Esbelta, graciosa, de tez blanca y sonrosada.

Sus cabellos rubios, se asemejaban á los hilos de oro desprendidos del sol.

Sus ojos languidos, azules como el diáfano color que llena las extremidades del firmamento.

Nació en noble cuna. Sus primeros años se deslizaron realizando con aprovechamiento la educación moral, científica y artística, que en este *siglo de las luces* se ofrece á las señoritas que pertenecen á las clases de la riqueza y el blasón.

Por ello logró poseer un caudal de erudición.

La diosa de la poesía ornó con la corona de laurel su blanca y pura frente.

Cantó al amor, á la virtud, á la patria y á la fraternidad.

Sus sublimes notas despertaban las fibras del alma, su rima era tan grata al oído, como el sonido de arpa célica.

En resúmen, fué la primera poetisa de su tiempo.

La Saffo de su siglo.

*Mi vida es un erial.
Flor que toco se deshoja!
Que en mi camino fatal,
Alguien vá sembrando el mal
Para que yo le recoja.*

Gustavo Becquer trazò en esta quintilla la vida del poeta.

Desde Homero á Zorrilla, por lo regular, los hijos de las musas han atravesado un camino sembrado de fragantes rosas, pero cubierto de agudas y punzantes espinas.

Juana libó la copa del placer hasta sus heces. En lo sabroso de su néctar se embriagó. La vida se le presentó encantadora; pero, ¡cuán lejos estaba de la felicidad!

En festines, en saraos, en las fiestas que el mundo la dedicaba, en el torbellino vertiginoso de su vida, no pudo obtenér la adquisición del objeto de la constante aspiración humana. Por ende el hastío y el vacío en el corazón.

Consecuencia: el vicio, el desenfreno de la pasión y la liviandad. Después la calentura y el *delirium tremens*.

No hay más que estudiar á la poetisa de la antigüedad, divinizada por el gònio helénico, y á Juana, admirada por la poste-

rioridad coetana de la época del romanticismo.

Juana es la personificación legendaria de la Saffo de la isla de Lesbos. Su vida es idéntica. Su talento se sobrepone á sus vicios. Es regenerada por el amor convertido, por uno de esos accidentes de lo sobrenatural, del deseo en puro ideal. Su martirio, el no poder poseer el objeto querido.

Juana, como Saffo, se enamora de una noche de orgía.

Lo crapuloso y liviano de su estado han inspirado en el sér adorado la repulsión propia del amor que sueña con la pureza y las idealidades. Otro Farón, jòven y hermoso, desdenando la pasión de la Saffo moderna.

Negro porvenir se presenta á su vista. Vé ante sí el negro rótulo, pintado en los terribles caracteres del infierno del Dante:
No hay esperanza.

Amar á un hombre, y no ser correspondida, esto es para Juana lo inverosímil de sus ilusiones. Pero cuando se abriga en el pecho una pasión, y ésta no es correspondida, no temer, ni que maldecir, Juana—como Saffo—piensa en el suicidio.

No sucumbe entonando el epitalámico responso, sin haber llegado à las gradas del templo de Vénus.

Su canto es el de Dido despreciado por

Eneas. Su muerte, la enfermedad que acarrea ese líquido incoloro de olor débil y agradable, esa epidemia del siglo XIX.

El brevaje para curar las pasiones. El alcohol.

Juana muere en un bacanal, pero llora y suspira. Quiso matar los dolores del corazón, y sólo supo trastornar su cabeza.

Cuando volvió del sopor, causado por la fermentación del líquido, sólo hubo en su cabeza pensamientos tristes, imágenes de desesperación; en su boca, voces de sarcasmo, frases de indiferencia y maldiciones para la humanidad.

Así murió Juana.

Amor que nació entre risas,
¡Cuál trágico fin logró!
La reina de las poetisas
¡Ay! sin consuelo murió.

Madrid—1896.



POR IMPRUDENTE

— ¡Sola, triste, ¿dónde vás
Por este monte escabroso?

— Voy en busca de reposo,
Y no lo encuentro jamás.

Llego del monte à la cumbre
Y á rezar entro en la ermita,
A Santa Rita bendita,
Por devoción y costumbre.

Imposibles no la pido,
Que si imposibles pidiera
Quizá la santa me oyera.

— ¿Pues qué la pides?— Olvido.

— ¿De algún ingrato doncé?l?

— Del tiempo de mis amores.

— ¿Y son esos tus dolores?

-- No lloro por mí, por él.

— ¿Conque te olvidó y le quieres?

— No me olvidó, le olvidé;

¡El tan amante!— ¿Y por qué?

— Por... cosas de las mujeres.

Con mala intención un día
Díjome un hombre: «Te engaña
El Zagal de la Cabaña»,
Y aquel hombre me mentía;

Y no ví más á mi amor,
Que, mi esperanza perdida,
Crucé errante por la vida
Para calmar mi dolor.

Y ni se calma con preces
Ni con llanto ni promesas,
¡Todo en vano!—Tú eres de esas
Que se engañan muchas veces.

Dais oídos à la envidia
Y à lisonjas y consejos.
—¡Es verdad! Y él se fué lejos
Huyendo de mi perfidia.

—Y sola, triste, ¿dó vás
Por este mundo escabroso?

—Voy en busca de reposo,
Y no lo encuentro jamás.

Y del monte, en la alta cumbre
Y á rezar entro en la ermita
A Santa Rita bendita;
Por devoción y costumbre.

—Tu buen deseo te engaña;
No hay en la Santa poder
Para quitarte el querer
Al Zagal de la Cabaña.

Escucha la voz del viejo
Y tèn esto bien presente:
Tù lloras por imprudente,
No olvides este consejo.

EUROPA

I

Las blandas olas del Mediterráneo, bañan la hermosa isla que está enclavada frente á las playas de la inmortal Grecia.

Hoy se llama esta porción de terreno cercado por el mar, Candía.

Antiguamente se le denominó Creta.

Se fija nuestra atención, 1300 años antes de la venida de Jesucristo.

Ocupaba el trono de esta tierra del *labyrintho*, Acterio, rey valiente entre los valientes, justiciero entre los justicieros y magnánimo para su pueblo.

Este monarca tenía por morada un suntuoso castillo, con todo el lujo que puede inventar la fantasía oriental de la antigüedad.

Esta fortaleza, construida como dique contra las invasiones de griegos y de asiáticos, cercada de fosos, murallas, bastiones, puentes levadizos y rastrillos que la hacían

inexpugnable, se hallaba enclavada en la falda de una pintoresca montaña.

Bosques de verdes pinos seculares adornaban su recinto, regalo donado por la madre Naturaleza, como privilegio de la belleza, para adorno de aquel sitio encantador.

En torno del castillo crecían los plátanos, los mirtos y los naranjos, mientras que las violetas, los lirios y los tulipanes se confundían para dar amenidad á aquel Edén.

A lo lejos, formando un dilatado horizonte de límpido celaje, se observaba el mar tranquilo y majestuoso, de ese archipiélago Jónico, célebre en los anales históricos del mundo antiguo.

La musa de la Poesía, se hubiera instalado en aquel sitio para servirle de morada, y en paraje tan pintoresco señalára à sus predilectos hijos las bellezas de la Naturaleza y les instara para que en endechas dulces, al son del plectro sonoro, alabaran en sus armoniosos cantos las grandezas de los dioses y de los héroes.

Tal era la dicha del rey Acterio, de poseer estas grandezas de la Naturaleza y el arte; pero la galanura de aquellas obras caprichosas del gusto humano no hubieran sido tan halagüeñas á los ojos del poderoso monarca sinó contára con una hija, encanto de su corazón, vida de su vida.

Esta princesa, solo frisaba en las diez y seis primaveras.

Era bella, de singular hermosura.

Y estas gracias distinguidas de sus perfecciones, no solo eran comentadas en Creta, sinó celebradas por príncipes y vates en la Grecia, y se extendía la fama de su hermosura en alas de la celebridad por todos los pueblos de la Fenicia y del Asia Menor.

Su nombre era Europa.

Era más cándida que las palomas que posaban su vuelo en los torreones del castillo de su padre; plácida como la luz del alba, pura como la sonrisa del ángel, graciosa como la Vénus al salir de entre conchas en las plateadas aguas del mar, ligera como Diana, majestuosa como Minerva.

Mucho más hermosa que después fué Elena la de París y Meneleao.

II

Vivía en dulce calma.

Apasionada de sus flores.

Soñando con la ventura.

Un dia, cumplidos los diez y seis abrilés, el amor tocó las cuerdas de su alma.

Valiente jóven General, cubierto de bruñido acero, después de heróicas victorias

llevadas á cabò en defensa de los derechos de la pátria, había conseguido los honores del *Triunfo*.

El pueblo le presentaba con el entusiasmo propio del patricio, á deponer ante su rey los laureles ganados en cien combates, sostenidos en lucha titànica, dignos del heroismo guerrero del génio helénico.

El sacerdote le conducía á las gradas del templo.

La pitonisa le inclinaba hácia el trípode sagrado.

El pueblo interin entonaba, con el aspecto religioso de aquella pátria de las grandes ideas, el himno dedicado á la inmortalidad del héroe; y la jóven princesa, conmovida, ceñía con la corona de laurel la frente del venturoso paladín, que había conseguido obtener los honores de la apotheosis del *Triunfo*.

Dos almas se confundieron de amor en una mirada.

Europa y el gallardo paladín, en la reciprocidad de la pasión, se amaron desde aquel momento solemne.

III

¡Qué encantadoras son las noches de la Grecia!

Cuando el mar palpita en blando celaje.
Cuando el ligero céfiro esparce el aroma
que exhalan las flores.

Cuando el ruiseñor gorgoea entre la espesura que forman los bosquecillos de jazmines y trepadoras plantas que se enlazan á los arbustos.

La luna, esa lámpara del firmamento, entonces, meciéndose sublime en su carrera, baña al valle, al bosque, al castillo, envolviendo en el misterio el encantado palacio de Acterio.

En esas horas veladas por las sombras, en que solo resuena la voz de alerta del centinela, que sirve de atalaya á los moradores del castillo, el valiente General, salvando las murallas, se acerca á la dorada reja de los aposentos de Europa.

Entonces sucedían tiernos coloquios de amor entre aquellos corazones, nacidos para sentir mutuamente los impulsos de la pasión que devoraban sus entrañas.

Y seguían las noches.

Europa y su amante se contemplaban en éxtasis.

El amor se acrecentaba más en sus pechos.

Y esta pasión se convertía en delirio.

El General deliraba por Europa...

Europa deliraba por el General...

Y el Rey dormía... ajeno à estos frenéticos arrobatamientos, contradiciendo amores que no hubiera permitido.

En la incertidumbre luchaban los dos amantes.

Europa se estremecía al escuchar las palabras de su adorado:

—Hay necesidad de huir.

Determinación inminente, ó sufrir la terrible disyuntiva de renunciar à su amor, à sus ilusiones de oro.

Europa no podía dominar los impulsos de su frágil corazón.

· · · · ·
Era mujer...

IV

¡Una noche!...

¡Noche deliciosa!

El génio del amor velaba, recorriendo las espaciosas cámaras del palacio de Europa.

Disputaba su presa à la incertidumbre.

Europa luchaba entre dos sentimientos.

Entre el deber y el amor.

Entre ser perjura à su amante al no seguirle en su destino, ó ser la hija ingrata que abandona al padre tierno y cariñoso.

Pero el alado Cupido, triunfando en la contienda del corazón, designó la fuga.

Y sobrevino el rapto.

Entonces, Europa, sola y vertiendo lágrimas, que pudieran confundirse con las perlas de la India, abandonó sus fastuosos palacios, sus hermosos jardines, su fuerte castillo.

—¡Adios, recuerdos de la niñez!

¡Adios, Pátria!

¡Adios, padre querido!

Y dejándose caer en los brazos del joven General, enlazada al ídolo de su alma, exclamaba, ahogada por el amor y la pena:

—¡Ya soy tuya!

V

La barca se mece, impulsada por las ligeras brisas del mar Jónico.

Se dirige al Continente.

La guían dos remeros de aquellos que tan pintorescamente se presentan á la imaginación del pintor, cuando quiere crear un cuadro, donde se destacan las estéticas figuras de la raza de los argonautas.

Europa y su amante, desde la proa de la débil barquilla, dan la última mirada triste al castillo del rey Acterio, iluminado por los fulgores de la luna; y allá... allá á lo

lejos en el horizonte, descubrían las playas de la tierra inmortal de la antigüedad, de la mansión de los dioses, de la patria de los héroes, subliminada por la ciencia, el arte y la poesía.

¡La bendita Grecia!

Orígen de la civilización, el derecho y el progreso humanos.

Allí, donde tanto génio creador ha visto por primera vez la aurora de la vida; allí en las playas del Peloponeso, pisaron la tierra los tiernos amantes y al encanto de la alborada de un hermoso día iluminado por una radiante luz matinal.

El hermoso sol de la Grecia.

Cuando estampó Europa su lindo pié sobre las doradas arenas, cogida del brazo de su amante, éste, lanzando al viento unas frases que bien pudieran llamarse la voz de la plegaria, el eco que debía de extenderse de siglos en siglos, como testimonio de la inmortalidad, dijo á la bella princesa:

—Esta tierra que pisas, que huellas con tus piés, ¡encantadora mía!, se nombrará desde hoy en adelante, como tú te llamas.

¡Europa!!

Desde aquí hasta los últimos confines del mundo conocido, será tu nombre aclamado y respetado, porque todos los demás continentes se doblegarán ante el poder y no-

table cultura de sus hijos, y al pronunciar el nombre famosísimo de Europa, el mundo entero hará el homenaje y el acatamiento porque tu nombre, ¡hermosa mía!, será el símbolo de la libertad, el arte y la ciencia en el curso de las venideras centurias.

VI

Historiemos.

Himeneo unió á aquellos amantes.

El jóven General, al frente de huestes de guerreros griegos, ensanchó de un modo considerable sus conquistas.

De esta dichosa unión nació el sábio Mines, después uno de los reyes más poderosos de la Grecia y tronco de esa dinastía de príncipes y héroes, que tan inmortales se hicieron en la guerra y destrucción de Troya.

VII

Europa murió en Creta.

Según la tradición, sobre su tumba nacieron flores y plantas desconocidas.

El pueblo aseguraba que el perfume embriagador que emanaba de aquellos sitios, era esencia que los dioses depositaban en

el sepulcro de la inmortal Europa, cuando su espíritu vagaba por el espacio en las noches claras y misteriosas que bañaba la luna con sus esplendorosos fulgores, las tranquilas y azules aguas, que se mueven en las históricas playas de Creta y del Peloponeso.

Murcia—1899.



Espronceda

En el cementerio de la Sacramental de San Nicolás, extramuros de la Puerta de Atocha, yacen los restos del malogrado Espronceda, en humilde nicho, cubiertos con una sencilla losa, debida al cariño de sus amigos.

Datos autorizados, tomados de un diccionario castellano.

Bullendo en mi imaginación, desde hace mucho tiempo, el deseo de visitar el sitio donde reposan los preciosos restos del poeta, he pasado algunos años.

El 1.º de Noviembre, día dedicado en holocausto á los que han sufrido el imprescindible designio de la implacable Parca, me encaminé à la mansión de la muerte.

Un profundo recogimiento me guiaba, estático por aquellos antros de paz, confundíendome entre los pocos concurrentes que visitaban el antiguo cementerio.

El respeto que siempre me ha inspirado, cuando han posado mis plantas este recinto

de la verdad, despertaban en mi sèr emociones desconocidas.

El tañido lúgubre de la campana llevaba à mis oídos ecos tristes, que el cóncavo instrumento de metal, lanza al espacio para llamar à la humanidad en ese dia de veneración, llamado de los *Difuntos*.

Latía mi corazón.

En mi cabeza se agolpaban los recuerdos. Por mis ojos cruzaban las hojas de la historia del pasado.

Meditaba.

El triste destino del hombre.

El término fatal de su existencia.

La muerte.

Siempre que he visitado estos recintos de ultratumba, se ha despertado en mi alma el recogimiento, el fervor místico y el dolor.

Por esto, mi mayor homenaje es à la muerte.

A esa virtud innegable de la verdad, porque es la única que se opone à todas las mentiras.

Lo confieso ingénuamente; al vagar por mi mente el nombre del ínclito Espronceda, al sentir que iba à orar sobre su sepulcro, tuve un momento de éxtasis.

Tal vez en esta càusa influyera la admiración que me inspira su fama, sus versos, sus grandezas, sus pensamientos.

Y en este género de excitación mental, al creérmelo cercano á su tumba, recité los siguientes versos del desgraciado Cea.

*Vendrá á tu tumba indiferente el hombre
¡Quizá una mano amada
En tu tumba olvidada
Pondrá una flor y ensalzará tu nombre!*

Pero, ¡oh, desgracia!

La tumba del inmortal autor de *El Diablo Mundo*, ha sido profanada por el golpe rudo de la piqueta, ó la percepción de mis órganos luminosos no distinguieron en aquellas galerías—que atravesé—la lápida de mármol frío en que se inscribió el nombre del gran poeta.

¡Tan pobre fué la tumba que le erigieron!

¡Tan modesta!

¡Tan escondida!... que no se descubre...

¡Ni una corona!

¡Ni una flor!

¡Ni un recuerdo!

Bien se puede decir del inmortal Espronceda, lo que de otro cantor cual él:

*¡Pobre césped marchito!... ¡Quién diría
Que el canto de las flores en tu sedo,
Durmiera tan sin flores algún día?*

Por esto, imágenes tristes se presentaron á mi vista.

Ideas que me llevan á la contemplación al recordar al poeta que tan celeberrimo nombre alcanzó.

Al que la fama será siempre imperecedera.

Porque la gloria es el galardón que escuda su memoria.

Por ello, meditamos.

¿Qué importa que su tumba se halle abandonada?

¿Qué importa que la pátria ingrata no haga el debido homenaje como insigne hijo, que tanto supo honrarla con su preclaro ingènio?

¿Qué importa que á sus fríos despojos no se le erija un digno mausoleo?

¡Nada!

Tal vez desde las regiones inmortales, el espíritu de Espronceda, al presenciarse este olvido del mundo, nido de vanidades, flaquezas y mentiras, repita las sentidas frases escapadas de sus labios, en su tránsito mortal, de

Solo en la paz de los sepulcros creo.

Madrid - 1896.



CONSEJOS

A MIS TIERNOS HIJOS

Cuando sufráis privaciones,
Si vivís un día aburridos,
Porque ha llegado á faltaros
El alimento preciso,

Reparad cómo en los valles,
Lozanos crecen los lirios,
Observar qué alegres viven
Los pintados pajarillos;

Ellos, ni siembran ni cojen,
Pero hay un Sér Infinito,
Que los cría, los mantiene
Y los resguarda del frío.

Pues de ese Dios, tan clemente,
Tan bueno, tan compasivo,
Que cuida de los insectos,
Que dá ropage á los lirios;

Ese Dios, que nunca olvida
Al triste y al desvalido...
De ese debeis esperar
En vuestras penas alivio.

LA POLACA

I

Es una noche del invierno de 1873.

En el teatro Francés, de París, se representa el drama de Octavio Feuillet *La Esfinge*.

El papel de Blanca de Chelles está encomendado á Sofía Crisette, la gran artista cosaca.

Nos hallamos en el último entreacto del espectáculo.

En el camarín vestuario de la eminente actriz.

Nido de riqueza y arte.

Dos damas conversando, sentadas en elegante sofá, se presentan á la vista.

La una pálida, de cabellos negros un tanto salvajes, de ardiente mirada y aire embarazado y tímido.

Se llama Vera Sassoudich.

Nuestros lectores no olvidarán el nombre de esta singular mujer, tan célebre en la revolución nihilista.

La otra, rubia, de hermosos ojos azules, de expresión dulce y lánguida.

Las elegantes cortinas de aquel caprichoso gabinete, alzándose de repente, dan paso al tipo estético-escultural de la artista, para quien ese cerebro del mundo llamado París, pendiente de su acción y palabra, la ha tributado tanta ovación y entusiasmo.

Un ósculo de paz estampado en las mejillas de las damas, es la expresión del sentido afecto que posee al estrecharlas en sus brazos.

—¡Vera!... ¡Casimira!...

—La condesa Casimira—le interrumpió la graciosa rusa—al ausentarse de París, viene á darte quizá su último beso.

Su viaje para marchar á la isla de Cuba está decretado por el *Comité universal revolucionario*.

—Me ha tocado en suerte, dijo la condesa. Mañana salgo para el Havre, y allí me embarcaré para las costas americanas.

—Todo por la libertad, expresó con vehemencia Vera.

—Todo por la humanidad, exclamó con sentido acento la actriz.

—Mi último ¡adiós!

—Y estas tres excepcionales mujeres se abrazaron.

Sus últimas caricias fueron á perderse

por los àmbitos de aquella embalsamada estancia, mansión de Talía y de Terpsícore.

II

La primera luz que se descubre en el Oriente, inaugura la mañana, en uno de esos deliciosos paisajes tan comunes en la isla de Cuba.

Ante un capitán del Ejército español y un pelotón de soldados, se distingue la simpática figura de una mujer.

Viste el elegante traje de amazona.

Es la condesa Casimira.

En su diestra, estrecha contra su mórvido seno, en completa desnudez, á una criatura en la edad más temprana de la vida.

Con su siniestra acaricia la mano de una niña, cubierta con rasgados y asquerosos andrajos, que frisarà en los cinco años.

El militar, respetuoso y galante, inquiere á la desconocida, qué misión, qué misterio es el suyo al aparecer con tan extraño aspecto en aquellos sitios, y en estado de guerra.

La dama contestó:

—Nacida en las márgenes del Vístula, en la opresa Polonia, al sufrir la degradada sentencia que el gobierno moscovita ful-

minó sobre mi noble familia, al verme proscripta lejos de la patria querida, un juramento solemne se escapó de mi pecho.

El consagrarme con todas las energías de mi alma à la emancipación de los pueblos dominados por la tiranía.

El *Comité universal revolucionario* me ordenó pasára á Cuba á sustentar el movimiento separatista.

He atravesado la manígua. he luchado, he cumplido mi palabra; más de una vez he hecho morder el polvo á algunos de los tuyos.

Mi desencanto ha sido amargo; yo esperaba ver en los insurrectos un pueblo luchando con nobleza por sus libertades.

Pero ¡oh, desgracia! solo he contemplado hordas de salvajes, fulminando por doquier las ruinas, la desolación y la muerte.

Ahora mismo el mambí acaba de incendiar la pobre cabaña donde los padres de estos desgraciados niños yacen indefensamente asesinados.

En el último periodo de su agonía, elevando la triste mirada al cielo, me han encomendado estos seres queridos.

Seré su madre más tierna, más cariñosa.

Vine á Cuba por el ánsia de libertad y me despide la humanidad.

¿Y este pueblo piensa emanciparse? ¿Ne-

gará á la madre pátria la completa obediencia?

¡Hordas de foragidos, mentira parece!

Capitán, estoy á vuestras órdenes; me acojo al indulto decretado por el general Pieltain.

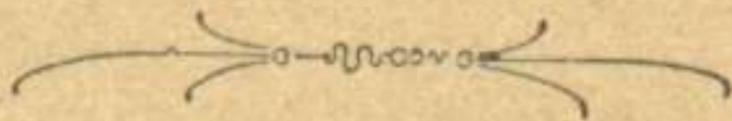
¡Qué contraste más diferente, el noble proceder de los hijos de Castilla, con el arbitrario absolutismo de los tiranos de la mártir Polonia!

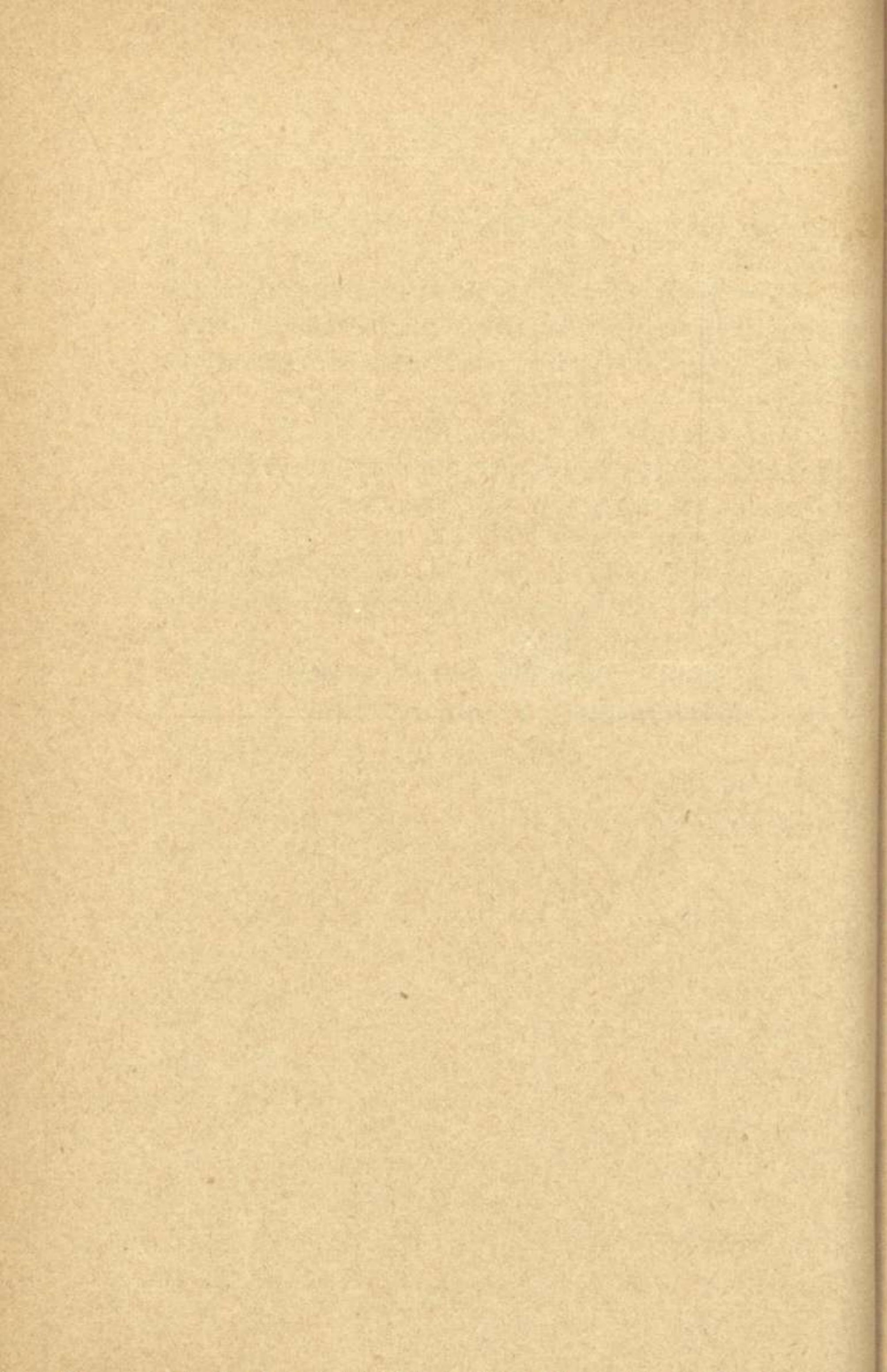
¡Aquí el olvido, la piedad, el perdón!

¡Allí los suplicios, las procripciones, las minas de la Siberia!

¡Oh, noble España! ¡Qué grande eres!
¡Qué magnánima! ¡Y qué sublime!

Madrid—1896.





TRISTEZA

¿Por qué abandonas el nido,
Pájaro madrugador,
Lanzando al aire un gemido
Como el acento perdido
Del arpa del trovador?

Yo, como tú, triste lloro,
Pária de la sociedad,
Mis ilusiones de oro,
Y al son de plectro inscnoro
Las canto en la soledad.

Murcia--1899.



LAMPEGIA

I

Él ha nacido en uno de los arduares que forman los pueblos errantes en los desiertos de la Arabia Pétrea.

Su nombre es Monuza.

Por naturaleza, por costumbre, es el verdadero nomada.

Posèe la fiereza del león, la astucia de la raposa, la paciencia del tigre, la agilidad del gamo.

En su sèr solo circula el amor á la libertad é independendencia, aspiraciones tan dadas à aquellos que nacen en esa península tan célebre, cuya tierra ofrece á la vista humana páramos cual mares y dilatados espacios arenosos.

Es su figura, poco màs que mediana, negros y rasgados ojos adornan su faz morena; su andar es gallardo; sus ejercicios cotidianos han sido la lucha con el *Simoun*, su alegría el verse arrollado por el mortífero polvo de aquel viento; su distracción fa-

vorita el esperar à pié firme á la pantera, al chacal, al tigre; su elevación de temeridad el domar por medio de la fuerza al privilegiado león; sus sueños de gloria el cortar à cercén con la cimitarra la cabeza del mal creyente; sus prácticas son alzar la plegaria para que llegue á las alturas donde moran las almas juntas y sean escuchados sus votos por el Profeta; su oficio la guerra que prepare mayores conquistas para gloria del Islamismo; sus ilusiones el soñar con las maravillosas huríes que viven en el paraiso descrito en el Corán.

Cuando la voz de la *guerra santa* ha sonado por todos los ámbitos de la Arabia, nuestro héroe, despreciando la libertad que en aquellos desiertos le ha preparado la naturaleza, velozmente como su pensamiento, ha seguido al pendón bélico que en su asta ostenta la *meáia luna*.

Ha llegado la ansiada hora de la contienda y batallando, ha demostrado con resolución y valentía que tanto en el desierto como ante huestes nniformes, sabe esgrimir el alfange, y á su presencia cercarse de miembros humanos que al impulso de la fiereza de su brazo, ha cortado la mortífera arma.

En esa época en que Damasco es el empório de las artes metrópolis del mundo árabe,

en ciudad tan célebre, Monuza es admirado por su valor: jamás ningún hijo de Agar fué tan asistido y festejado en la corte de los califas orientales; pero resuelto á no obligarse al deleite ni á la voluptuosidad oriental, ha pensado marcharse á España, donde Abderramen, con sus legiones de árabes está consiguiendo hechos heróicos de armas, para las glorias del Islamismo.

Es el azote de las comarcas que defienden la enseña de la cruz.

Sugerido Monuza por su pensamiento, se dirige á la capital del Occidente musulmán, y en su emir Ben-Abdala-el Gafeki, encuentra la acogida debida al valiente nomada, cuyo nombre de esforzado guerrero de la Arabia se recita en coplas y romances por los poetas que cantan las hazañas de los héroes, en la ciudad de Córdoba.

Allí, junto á las orillas del frondoso Guadalquivir, estudia la manera de extender el poderío de los hijos del Profeta por todo el mundo conocido, y en atención á sus bélicos propósitos, Abderramen le concede un contingente de tropas para que en algaradas invada el mediodía de las Galias, atravesando las peligrosas sinuosidades y rocas escarpadas de los Pirineos.

No le arredra el poderío de Cárlos Martel, ni del famoso Conde Eudón de Aquitania,

esforzados capitanes que defienden la tierra Franca, con numerosas tropas, y parte para aquellas regiones dó fué contenido *el azote de Dios*, en la batalla de los *Campos Catalaunicos*

Esparce el terror, talando y vertiendo rios de sangre, no encontrando quien se oponga á su invasión.

Es el Anteo de la conquista.

En sus sueños de gloria se imagina el remontarse hasta el nivel del sol.

Pero ignora que Icaro, queriendo aventurarse en su osadía, cayó al abismo, sucumbiendo en el tenebroso caos de la fatalidad.

Estaba escrito. Eso dice ese libro expreso en el dialecto del Hedjaz. *Estaba escrito* que Monuza sintiera en su pecho un amor grande, puro, como elevado é inmaterial.

Pasión sublime hácia una doncella cristiana, noble de alta extirpe.

Por ende al anhelar poseer el objeto amado, al pensar en ser correspondido por efectos de la reciprocidad de la pasión, al faltar á la fè jurada del buen creyente, por haber fijado sus miradas en el gracioso rostro de la infiel, iba conducido por su triste destino al iaminente abismo de la fatalidad.

Pero... *Estaba escrito.*

II

¡Vuela! ¡Vuela, mi alazán!

La pura nazarena me aguarda; te prometo, si me llevas velozmente hasta donde mora la vida de mi sér, la luz de mis amores, cubrirte con un manto de cachemir de oro, más rico que el que envuelve las delicadas formas de la Sultana preferida del califa de Damasco. Ya ha extendido la noche su negro manto sobre la tierra y viene à disipar sus tinieblas el astro apacible del día. ¡Vuela! ¡Vuela! ¡Vuela!

Ya la luna alumbrá las almenas del castillo feudal donde existe la hermosa castellana objeto del amor del apasionado árabe.

La ciudad reposa bajo la dominación de la raza del príncipe de los Merovingios.

Los atalayas custodian la fortaleza.

Monuza avanza hasta el pié de las murallas.

Llama á la puerta, incrustada en un lienzo del inexpugnable bastión...

Abren; penetra en el recinto, perdiéndose en el espacio, dibujando su sombra las paredes de las angostas calles de Medina-Albad, ciudad que tremola en la más alta de sus torres el pendón que ostenta en sus pliegues la enseña de la cruz.

Monuza avanza, cual fantástico sér, en aquel laberinto tenebroso.

En sus lábios se articulan las palabras dirigidas á su overo:

¡Vuela! ¡Vuela! ¡Vuela!

III

Historiemos. (1)

Emulo de la reputación generosa y de las conquistas gloriosas llevadas á cabo en España por Abderramen el Grande, era el caudillo Omán bec-Abi Nera (en que en las antiguas crónicas le llaman Monuza).

Formaba algarada y talaba los pueblos comprendiòs en los montes de Albotcet (Pirineos), en confines de las tierras de Francia.

Monuza, en una de las cabalgadas que hizo, llegó á Medina-Albat, donde residía el Conde Eudón de Aquitania, señor de esta ciudad, fortaleza que no pudo ser tomada por las huestes que capitaneaba el intrépido caudillo árabe.

Sangrientas luchas se ventilaron entre cristianos y sarracenos; pero de las escara-

(1) Historia de la *Dominación Árabe en España*, por el sàbio orientalista D. José Antonio Conde.

muzas vinieron las tréguas, y de este periodo de suspensión de armas, nació la amistad de Monuza con el Conde Eudón, influyendo para que por este afecto fuera más íntimo el amor que inspiró al caudillo mahometano la belleza de Lampegia, hija del noble Conde de Aquitania.

Cuyas nuevas de estos amores llegaron á noticias de Abderramen, el que, ofendido, escribió á Monuza, que en *alquihad*, tomara y arrasara la ciudad de Medina-Albat.

Monuza se opuso á las órdenes del Emir, y éste, tomando enojo, mandó contra el rebelde á Gadbi-ben-Zayan con numeroso ejército.

Avistáronse los dos bandos en una de las llanuras que lindan con las faldas de los Pirineos. Monuza y sus gentes fueron derrotados y perseguidos cruelmente,

El odio de Abderramen llegaba á Monuza, que al ser vencido decretaba su ruina.

Su muerte estaba fijada.

IV

Los primeros albores de la mañana empezaban á romper las densas nubes, cuando nuestro héroe entraba en el castillo de

Eudón de Aquitania y después en el aposento de la dueña de su corazón.

Lampegia, que llena de ansiedad esperaba al amante que tornàra de la guerra, corrió á su encuentro para estrecharle en los brazos; pero no pudo por menos de dar un paso hácia atrás, al notar la alteración de su rostro, su descompuesto traje y la visible agitación de su mirada.

—En nombre de la Virgen, señor, ¿qué os pasa?—preguntó Lampegia.

—¡Ay, hermosa nazarena! Vengo perseguido: los consejos de vuestro padre nos han perdido; mis fieles guerreros, casi todos han mordido el polvo en la lid, sangrienta por cierto; hemos peleado en número desigual, y Alá, en castigo á mi perjurio, me ha condenado con la derrota, después de haber hecho en el combate esfuerzos sobrenaturales para vencer: pero yo os amo y vengo á salvarte... á huir contigo. ¡Bien de mi vida!... ¿Pero estais parada?... ¿No oís?... ¡Cielos!—dirigiéndose repentinamente á la ventana que dominaba el gran patio del Castillo—¿No os hiere el oído el son de los añafles y atambores que anuncian la proximidad de las tropas del Emir? ¡Desdichados de nosotros, si logran que caigamos en sus lazos! ¡Aún le queda al hijo del desierto, valor, agilidad y destreza! ¡A luchar!

—Y mirando con desencajados ojos à Lampegia, la asió por la cintura, y cual si fuera una veloz pluma suspendida en el aire, salió de aquella estancia, por corredores, salas y escaleras, llegando al patio del Castillo y subiendo con tan preciada carga de un brinco en su caballo, y espoleándole, partió en acelerada carrera por entre los hombres de armas del señor merovingio, los que absortos en su espanto, no pusieron resistencia al rapto de la Castellana, por ser tan imprevista la ligereza de Monuza, y por el embargo de ànimo, pues les pasmaba las nuevas de la aproximación de las fuerzas del Emir, que yá à la vista de Medina-Albat, intimaba la rendición de la ciudad y de su fortaleza.

V

Era el dia ardoroso.

Febo lanzaba sus dorados rayos sobre la tierra.

Entre dos cadenas de montañas de la cordillera Pirinéica, se extiende en sobervio valle, que refrescan con su sombras bosques enteros de pinos y de encinas; un rio serpentea en aquel misterioso Edén, y la gruta adornada por la verde hiedra, lugar en el que en otro tiempo el feroz druida habìa he-

cho el oficio religioso del *Móndrago Sagrado*, sirve de asilo á los dos amantes que en vertiginosa marcha sobre el overo, han traspasado montes, llanuras y sinuosidades; pero perseguidos de cerca por las tropas del Emir, al caer por tierra el noble bruto reventado por el cansancio y la fatiga. Monuza y Lampegia, errantes, destrozados sus vestidos por los punzantes jarales, lastimados sus miembros, con la mirada clavada en la techumbre azul, entre caricias y lamentaciones de la suerte, aguardan la llegada de los perseguidores que ya divisan á lo lejos.

Estaba escrito. exclama el impetuoso árabe, fijando sus ojos de fuego en las plácidas miradas de Lampegia.

—¡Vida mía! La suerte me ha sido varia... moriré luchando; no tengo valor para que el tajante alfange corte el hilo de nuestras existencias: Alá me ha condenado. Ya descubro á los verdugos que, cual aves de rapaña, vienen á cebarse sobre su presa; pero el hijo de la Arabia no se desprende de su tierna compañera, sino vencido con la arrogancia del león... ¡Lampegia, dadme una caricia de vuestro amor!... Bella hurí, presenciad cómo mueren los bravos de mi raza, los hijos del desierto... ¡Rayos y truenos!...

Y ébrio de cólera, lanzándose hácia el sitio que un escuadrón de soldados se hallaba, de los que les habían seguido la pista, esgrimiendo la acerada arma, trabando una desesperada lucha, asediándolos en combate sobrehumano, de uno contra tantos, en que, acribillado de heridas y rugiendo de coraje, sucumbió, posando su postrer mirada en el sitio en que Lampegia, horrorizada, había sido testigo mudo de tan sangrienta catástrofe.

La dama merovingia, prisionera es cautiva, conducida á Medina-Albad, tomada por asalto, donde todos sus defensores pasados á cuchillo habían experimentado la cruel venganza [de Abderramen, él, que al presentarle como tributo de guerra la hermosa castellana, admirado de sus gracias, dijo: *Guala que tan preciosa caza no se hizo otra en estos montes;* ⁽¹⁾ y con los mayores cuidados para su seguridad, la envió á Damasco.

VI

Algunos años después, y de la torre de la Favorita, asentada en el serrallo de Damasco, solían salir las notas de una canción,

(1) Histórico.

eco triste, lanzado por una voz dulce, que al preludio de la cítara, recitaba en lengua provensal la historia del héroe del desierto, que habia sucumbido en combate por defender á la amada de su corazón: eran hayes del alma, que Lampegia tributaba á la memoria de Monuza, solitaria en su camarín maravilloso, donde el viejo califa, dueño del mundo árabe, descuidando las fatigas del gobierno, buscaba en el regazo de la hermosa merovingia, placer, amor y voluptuosidad.

Madrid—1895.



A mi querida esposa

Tienes una rival, Esposa mía
Que llora como tú, y demás bella;
Doquier imprime su impalpable huella
Borra el pesar y ahuyenta la alegría.

Pálido es su color, negros cabellos
Por su espalda se extienden destrenzados,
Sus ojos, que al dolor tiene velados,
Dejan cautivo à quien se mira en ellos.

De blanco viste, y con oscuro velo
Cubre su rostro angelical, que dado
Es admirar, tan solo al desgraciado
Que busca en su regazo algún consuelo.

Si reclino en tu seno la cabeza,
Su imágen miro entre celajes de oro;
Ella enjuga mis làgrimas si lloro...
Y no te inspire celos su belleza.

Doquier la encuentro que mis pasos vuelva,
Ya en las riberas del sonoro río,
En el mundo falaz, à quien sonrío,
O entre las ramas de la inculta selva.

Infunde á sus amantes, simpatía;
Mora en la tierra, aunque merece el cielo;
Es hija del dolor y del consuelo,
Y su nombre es, en fin... *Melancolía.*

Cuenca—1894.



La Cueva de la Cómica

*De un verde monte en la loma,
Que de azahar exhala aroma,
Y tiene Murcia á sus piés,
Blanquea, como paloma
Anidada en un ciprés.*

¡Oh, poético vergel!
¡Encanto de la naturaleza!
¡Florido rincón de Levante!

El poeta lírico de este siglo te ha cantado,
en sentidas y sonoras endechas.

Zorrilla, con su gallarda pluma, te ha
pintado, te ha narrado y te ha descrito.

En su poema *De Murcia al Cielo* nos di-
seña aquel monte lleno de árboles, yerbas
y flores.

¡Paisaje hermoso!

Solo comparable al que nos presenta
Mahoma, en el paraiso de los siete cielos de
su *Corán*.

En aquel sitio eneantador se asienta el
notable santuario erigido á la excelsa pa-
trona de Murcia.

La Virgen de la Fuensanta.

Junto á la meseta en que se eleva el tradicional templo, se halla la *Cueva de la Cómica*.

El último refugio de la graciosa actriz.

La María Gracia. ⁽¹⁾

La que recitando versos y cantando jácaras en tablados de los teatros, fué el regocijo y la solaz atención de la licenciosa corte de Felipe IV.

La émula de la Calderona, la Valcárcel y la Juliana.

A la que tanto aplaudieron en los corrales.

Por la que corriò afluente la inagotable vena de Lope de Vega, componiendo comedias para que ella sola las representára.

Por las que tantas veces derrochó su ingenio lleno de sal àtica y de inspiraciones,

(1) En el *Tratado Histórico del Histrionismo Español*, publicado en 1804 por D. Casiano Pellicer, se expresa:

Que la insigne actriz Baltasara, tan célebre en los tiempos de Felipe IV, fué la que, retirándose á las soledades de la Fuensanta, concluyó su vida contemplativa, como cenovita, en la tan renombrada *Cueva de la Cómica*.

Pero la voz vulgar en Murcia, á esta penitente la llaman María Gracia.

No sabemos si este nombre es una incógnita de la Baltasara, ó un descuido del autor, arriba aludido.

Nosotros la llamamos María Gracia, siguiendo las tradiciones ó consejas, que tanto se han comentado desde el siglo XVII.

el eximio vate D. Francisco de Quevedo y Villergas.

La que en París en su carrera triunfal, vió rendidos á sus plantas á los más nobles caballeros, de las primeras casas de Francia, en admiración á su talento y hermosura.

La que fué pública manceba de un Valois y un Borbón.

La que se adornó con las joyas más ricas y artísticas de su tiempo.

A la que el célebre Prado le dió el dictado de la más hermosa de *las gracias*.

La que libó la copa del placer hasta las heces.

La comedianta famosa.

En aquella cueva, cubierta por el verde césped, serpenteando á su entrada cristalino arroyo, que dá nombre á la fuente santa, fué el último retiro de la pecadora.

No se saben las causas que influyeron para que la Maria Gracia, en lo más halagüeño de la suerte, en el periodo más bonancible de su suprema hermosura, abandonara el mundo.

Las consejas vertidas por los labios de los moradores de la huerta de Murcia, no lo afirman.

La historia no lo expresa con exactitud. Lo que sí hay de cierto, es que un dia,

mística penitente, cubierta de tosca ballesta, apareció en aquellos parajes mujer bellísima.

Hermosa cual la puede pintar la fantasía.

Que ante el altar del patronato del Santuario de la Fuensanta, había depositado una riqueza en trajes, alhajas y monedas de oro.

Que aquellas galas fueron ofrecidas á la Virgen.

Que el dinero se repartió entre los indigentes.

Que se retiró á la cueva inmediata.

Que su delicado cuerpo fué macerado por el mortificador suplicio.

Que el resto de su vida fué dedicado á la oración, al consuelo dado al afligido, al consejo práctico, como bálsamo lenitivo, cuando era consultada por los mortales, que en tormentosa batalla de la vida, luchan en desesperación cruenta con las pasiones.

Que murió en opinión de santa.

Que hasta después de exhalar el último suspiro, estuvo desconocida.

Su origen, su pasada vida.

Revelada por un manucristo en que se leía:

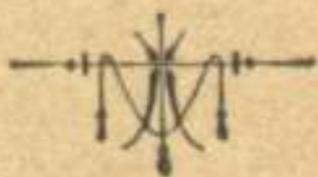
«Fuí la cómica, María Gracia, la gran pecadora; rogad á Dios por mi alma.»

Desde entonces la gruta aquella, se llama la *Cueva de la Cómica*.

Uno de los maravillosos cuadros que se presentan á la vista en aquel monte, tesoro en vejetación, que tiene á Murcia en su falda, como hermosa sultana recostada sobre alfombra de flores; para cantar con el gran Zorrilla:

*Tenia y tiene una grieta
El monte aquel, una veta
Del terreno el más fecundo,
Que á ningún azar sujeta
De los azares del mundo.*

Madrid—1896.



¡ VENGANZA !

I

El crucero guardacostas de la marina española se mece gallardamente, vigilando las playas de la gran Antilla.

Su tripulación no reposa, protegiendo aquella parte de nuestras colonias, contra los instiutos de rapacidad del filibusterismo.

Y mantiene muy alta la honra de la Patria cuando estos insurgentes tratan de vulnerar los sagrados derechos de España, al introducir contrabando de guerra, para sostener la insurrección separatista de la manígua.

Estos bravos patricios son los argonautas de aquellos mares procelosos.

II

La mar se halla serena.

Desde el crucero, en lontananza se descubren mástiles.

Los vigías de la integridad española, celosos de su deber, viran la veloz nave, y rápida se dirige al sitio donde flotan estos navíos sospechosos.

El jefe del guardacostas, marino curtido, con potente brío, intima la rendición á los tripulantes de aquellas embarcaciones.

El cañón les muestra su potente boca.

—No oponemos resistencia—exclama un marino, á bordo de una de ellas.—Soy capitán de este buque mercante; mi nacionalidad es francesa; hé ahí nuestra bandera,—y señalò á la insignia enhiesta en el palo mayor.

La marinería del bergantín se hallaba trémula.

Sin duda, algún drama de los mares se había desarrollado.

III

Todos los tripulantes de la nave francesa se hallan á bordo del crucero.

El bizarro oficial español inquiere declaraciones sobre su situación de hallarse en jurisdicción de las aguas de una posesión española.

Con marcada resolución, el marino francés ha contestado:

—Oidme, capitán. Hace próximamente

veintiseis años... Los distritos de la Confederación del Sur, que dirigía el general Davis, en los Estados Unidos, eran presa de la cruenta guerra civil, llamada de federales y confederados.

La Virginia se veía infestada de cuadrillas de malhechores que, al amparo de la política, vivían en la más completa inmunidad.

Entre estos bandidos se distinguía, por su refinamiento de crueldad, por su sangre fría y por su sistema de terror, Jorge Escort, jefe de aquellas partidas que vagaban por el territorio de la Unión.

Acometía las empresas más arriesgadas y cruzaba el país en todas direcciones.

En aquella época fué cuando, por primera vez, pisé el suelo americano.

Por entonces se consolidó la paz.

El general gobernador mandado à la Virginia por el Senado de Washington se propuso librar al distrito de esta terrible plaga, y en muy poco tiempo quedó aquel Estado libre del bandidaje.

Muchos de ellos sufrieron el castigo del *linch*; Jorge Escort, huyó.

Transcurrieron dos años.

Por una de las circunstancias de la vida, yo había requerido de amores à la hija del general, y la encantadora Sofía debía con-

traer matrimonio conmigo en primeros de Junio.

En una quinta de recreo, en el campo, habitaba la familia del gobernador.

Yo me albergaba en uno de los pabellones del jardín.

La víspera de nuestro enlace partió el general á la ciudad.

A media noche me desperté despavorido á causa de un gran estruendo.

Oíanse furiosos golpes en las puertas.

Sonaban precipitados pasos en los corredores de la quinta,

Percibía en las habitaciones voces, gritos de dolor y rápidos disparos de fusil.

Salté del lecho tomando un par de pistolas; corrí precipitado á la escalera.

Al pié de ella se verificaba un horrible combate.

Los pocos criados de la quinta, sorprendidos, trataban de cerrar el paso á los bandidos.

Yo me uní á los defensores; todos luchamos con el heroismo de la desesperación, pero sucumbimos abrumados por el número de los contrarios.

Yo caí exánime por un tiro que recibí, lanzado por Jorge Escort.

El traidor había consumado la venganza

en odio al general, que le había perseguido por sus fechorías.

A la mañana siguiente, cuando el gobernador llegó á la quinta, ofreció á sus ojos un montón de ruinas calcinadas; su esposa, sus hijas, los criados, todos habían sido degollados. Yo pude salvarme por un milagro de la Providencia.

Juré vengarme.

Busqué al asesino, pero no pude averiguar su paradero. Nunca se ha apartado de mi memoria; cuando la casualidad me facilitó noticia de que Jorge Escort, con otro nombre, era uno de los más fervientes laborantes de la insurrección cubana. Su prestigio era de lo más alto en Nueva York.

Que el miserable preparaba un buque para conducir á la gran Antilla un crecido número de pertrechos de guerra para los insurrectos.

Preparé mi venganza.

Aparejé un bergantín, dotándole con una brava tripulación.

Le he seguido la pista.

En alta mar, chocando nuestras embarcaciones, hemos sostenido un combate de cíclopes.

Al abordaje y hacha en mano, hemos conseguido dar cuenta de esos piratas.

Ahí quedan sus miembros destrozados.

Se ha cumplido mi venganza.

¡Que Dios me perdone!

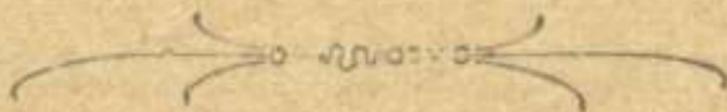
El cuerpo del delito lo manifiesta ese depósito de armas que conducían para los insurrectos de la manígua, debido á la protección de esas sociedades laborantes egoistas fundadas en los Estados Unidos, que en menoscabo de la justicia no respetan el derecho que de razón asiste á la nación española, como soberana indiscutible de la isla de Cuba.

Capitán, estoy á vuestras órdenes.

Me acojo á la rectitud y magnanimidad de vuestro Gobierno.

¡Viva España!

Madrid—1896.



Un centenario á Colón

AL ASNO MUERTO...

Hay un refrán, falso ó cierto,
Que ni critico ni alabo,
Que nos dice: *Al asno muerto*
Ponle la cebada al rabo.

Lo que nos quiere decir
En un lenguaje vulgar,
Que al que se llegue á morir
Que lo dejen descansar;

Ó que respeten al sér
Mientras viva; porque en plata...
En estirando la *pata*,
Ya de nada há menester.

Pero la historia, elocuente,
Nos dice que esta no ha sido
Constante, sana y corriente,
Sino en diverso sentido.

Muere un padre á desazones,
De su prole bendecida,
Y cuando no tiene vida...
¡Llantos y lamentaciones!

A una mujer, su marido
A palizas la revienta:
Cuando muere se lamenta,
¡Llora como un descosido!

Muere Quevedo en prisiones;
Cervantes, pobre, olvidado,
Y Jesús, crucificado,
Para afrenta, entre ladrones.

Ponen á Colón cadenas
Como al más vil presidiario:
Al fin le matan á penas,
Y después... un *centenario*.

Sin duda, obedece esto,
Al menos en nuestros días,
A buscar un *presupuesto*...
Para hacer .. *economías*.

De nuestro prestigio esclavos,
Quieren honrar á Colón,
Sacando algunos ochavos
A esta esquilmada nación,

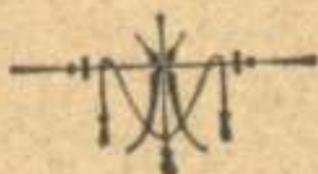
Y lograrán, con su audacia
Entusiasmar los tunantes
Al pueblo que por desgracia
Cuenta muchos ignorantes.

Aunque desde excelsa altura
Mire Colón el concierto
De tunos... ¡tanta basura!...
Se callará... como un muerto.

Como la hiena asquerosa,
De la noche en el misterio,
Sácia el hombre que la acosa,
Profanando el cementerio.

A ciertos danzantes vés
Saciar su ambición notoria,
Explotando la memoria
Del infeliz genovés.

Madrid—1892.



POR ESPAÑA

El día 12 de Octubre de 1492, la voz lanzada al viento por un tripulante de la carabela *La Pinta*, daba la señal de ¡tierra! ¡tierra!

Y esta tierra era un nuevo mundo que se ofreció al génio gigante de Colón y á los heróicos marinos españoles que le acompañaron en este portentoso descubrimiento.

La iniciativa atrevida de España fué bien pronto secundada por otros Estados, lo que es justo consignar, como los primeros, á nuestros vecinos los portugueses.

Inglaterra fué la que más tarde llegó á este festín de la naturaleza, mandando á Onofre Gilbarte, con la primera patente de descubridor, á fines del siglo XVI.

En pos de estos aventureros, llegaron á la tierra vírgen de América los hombres de secta, expulsados de la soberbia Albión, buscando un mundo de esperanzas que les permitiera la tolerancia religiosa y les librara de las persecuciones de que habían sido objeto en la madre pátria.

Desde entonces, no puede negarse que aquellas colonias y que estos expatriados establecieron en los inmensos desiertos del nuevo continente, en su régimen, la identidad de su origen y las cualidades de los seres que tienen la sangre anglo-sajona.

Calculistas por temperamento, y lo prueba la primera emigración inglesa á la Virginia, cuyo principal cuidado fué asegurarse la cómoda explotación del suelo, por medio de la esclavitud.

Este hecho importantísimo de aquellos hombres, apóstoles de una religión que ellos dieron en llamar de amor y fraternidad, palpablemente prueba el egoismo que sugirió á aquellos puritanos, para enriquecerse á costa del sudor del esclavo, con los nombres sacrosantos de Dios y la libertad.

Sarcasmo horrible, que demostraba las aspiraciones de una raza que todo lo posponía á sus intereses particulares, en vez de revelar sus grandezas de miras en favor de la humanidad.

Hé aquí la base de la nacionalidad de los Estados Unidos.

República formada por cuadrillas de aventureros que llegaron de Europa á ser moradores de aquellas selvas vírgenes, haciendo la explotación de la raza negra, prevaleciendo sobre el egoismo é interés que

siempre ha sugerido á las miras de aquel pueblo filibustero, que sólo aspira al engrandecimiento de su poderío, por el carácter invasor yankee, fundado en las doctrinas de Monroe, de que *América es de los americanos*.

¡Qué idea más absurda!

Para combatir esta escuela egoíeta, que no es sino una nueva ramificación de los principios del puritanismo, exponiendo teorías de libertad y practicando exageraciones arbitrarias y tiránicas negadas por la ley suprema del progreso, no hay más que exponer las ideas que cruzaron por el privilegiado cerebro de Colón.

Todo por España y para España.

Esto expresaba el audaz navegante al exhalar el último suspiro, al cerrar los ojos à la luz.

Había descubierto un nuevo mundo.

Había hermanizado razas con razas, fraternizándolas.

Había arrancado à la silenciosa cautividad del Océano un nuevo continente.

La importancia de su obra se debía al valor de los intrépidos marinos españoles que acompañaron á aquel gran génio á descubrir, pasando por tantas vicisitudes en aquellos mares procelosos, atentos à las palabras simbolizadas por la esperanza que

como santa unción, se escapaban de los labios del inmortal genovés:

Tengamos fé; la fé es la vida, la fé es el valor y la fuerza.

Y luchando, dieron à conocer al viejo mundo un nuevo continente.

Procurando como los espíritus soberbios de la raza anglo-sajona, después del hecho heróico de haber sido los descubridores de aquella tierra que ha servido de ambición al dominio de tantas naciones y à ser los únicos exploradores, porque jamás la generosidad española ha discutido ni combatido lo que el progreso y la voluntad de Dios ha designado para que se hermanicen razas con razas y se estrecheu íntimamente pueblos con pueblos.

Y no queremos sacar à plaza lo que la historia en su fallo imparcial siempre denotará de las nobles aspiraciones españolas, no regidas por bastardas ambiciones, sino por elevados, nobles y grandes propósitos y aunque desatinadamente, llevadas del audaz cinismo que imprime el carácter de los discípulos de las doctrinas de Monroe, éstos se opongan con las pomposas frases de que *América será de los americanos*.

La tierra que recibió el nombre de Vespuccio, espera algo de la que es su madre.

De la que por ley divina la sacó del os-

tracismo é inamovilidad en que yacía en el periodo abyecto y salvaje en que la encontró Colón al arribar con el enarbolado estandarte de la cruz, por primera vez, en la isla de San Salvador.

Las leyes de los hombres se derogan ó se corrigen.

Pero ¿cómo derogar ó corregir lo que Dios mismo ha dictado?

Afortunadamente, aunque los Estados Unidos se empeñen en contrariar los designios de la Providencia, bien manifiestos por otra parte haciendo traición á las generosas ideas que siempre han sugerido á los nobles hijos de España; la lógica incontrastable de los sucesos que con motivo de la insurrección separatista de Cuba se desarrolla en favor de la madre pátria en todos los estados del continente americano en el orden de sentimientos y simpatías, es más poderosa que todos los artificios de la política mezquina y despreciable yankee, superando los inconvenientes que tiene la realización de esa doctrina de que *América para los americanos*.

La opinión se vá extendiendo, y la opinión una vez formada, lo dominará todo.

La raza hispano-americana, es una por la naturaleza como por la historia, y no tiene más remedio que estrecharse ante las

asechanzas de los Estados Unidos: no puede por más tiempo estar violentamente separada de la madre patria.

Sus miembros esparcidos tienden à reunirse con irresistible fuerza á su centro de vida, á su sola cabeza, á España, que es su propio origen.

Porque la hora va á sonar en que los hijos, recordando el deber que les imponen los beneficios y sacrificios recibidos de la madre patria, contestarán con energía á las asechanzas ambiciosas de la raza anglo-sajona, la menor en derecho para influir en los destinos del continente americano.

La raza hispano-americana no tardará en ser el eco de aclamación, contradiciendo las doctrinas de Monroe, al decir: *Todo por España.*

Y entonces... ¡ay de los que, no teniendo conciencia del deber y el respeto al derecho, hayan querido contrariar los destinos de la Providencia!

¡Ay de los que, en su soberbia, han desconocido que *lo que Dios ata en su incontrovertible sabiduría, sólo á su divino poder toca desatarlo!*

La profecía de la Mulata

I

Era una tarde... tarde iluminada por un claro resplandor que alegraba la pradera, bañando fantásticamente las hojas de los árboles, el césped y las flores que existían en torno de una linda quinta de los alrededores de Fort-Royal, población situada en la pequeña antilla de la Martinica. Todo era movimiento y bullicio en aquel delicioso paraje.

El revolotear de las aves.

El balido de los rebaños.

El viento agitando la selva.

Las plantaciones de azúcar y tabaco, movidas por este sutil impulso de aquilón...

Todo llenaba el espacio de salvaje armonía.

El espíritu se deleitaba admirando aquel panorama encantador.

Cuadros que presenta la naturaleza en el privilegiado suelo de América, y que sólo tienen por pintor á Dios.

II

En uno de los corredores de la quinta, con vistas á un simétrico jardín á la inglesa, se veía una hamaca.

En ella, indolentemente recostada, permanecía una mujer bellísima.

De gracioso rostro.

De ojos luminosos y rasgados.

De negra cabellera.

Su todo, el tipo sensual de la francesa, con la elegancia que la es peculiar.

Se llamaba Josefina, hija del Conde Tacher de la Pagerie, noble francés y rico plantador de la colonia.

A primera vista, al admirar á esta señorita, se reconocía en ella el carácter de la bondad.

Pero el ojo investigador llegaba al poseimiento del engaño.

Josefina era altanera.

De inclinación firme é imperiosa.

Había nacido para dominar.

Se imponía á los arranques de su corazón...

Esta voluntad fué su grandeza.

La historia lo ha dicho.

III

En la hamaca, repuesta de su indolencia, Josefina, levantándose, dirigióse á una hermosa mulata que velaba su sueño.

Esta, respetuosamente, permanecía en pié.

—Llamad á mi padre.

—El Sr. Conde no se halla en la quinta.

--¡Cómo!

—Le he visto cabalgando en compañía del noble Gobernador general.

—¿Con mi prometido?

--Señora; todo el mundo sabe en Fort-Royal, que dentro de breve tiempo ostentareis el título de Vizcondesa de Behaurnais... ¡Pero qué adivinaciones sugieren á esta vuestra servidora!

—¿Cuáles, Lulú?

—He sido presa de un horrible sueño.

--Acabad...

—Atendiendo á la influencia de una pesadilla, os presagio... ¡No! no me tomeis por una insensata: esperad mi explicación.

—¡Bah, quimeras!—dijo Josefina.

—Pero no me ocultareis que os mueven á inquietud mis palabras: la influencia de vuestro destino os hace desde hoy accesible á las grandes fortunas como á las grandes desgracias.

Os lo expreso en momentos solemnes.

Lo he presentido... lo he soñado... No me equivoco...

La futura Vizcondesa de Behaurnais, será emperatriz.

—¡Yo emperatriz!...

—No soy un sér frívolo, aunque hembra de color; conozco la historia de las heroínas, por lo que me explico, que sintiendo la revelación como Juana de Arco... soy iluminada... adivino el porvenir... ¡Sereis emperatriz!!

IV

Mr. Gnillotín, ha inventado la fatal máquina mortífera.

Es un atenuante para aminorar el dolor de la muerte.

¡Cuántas cabezas han sido separadas de su tronco al impulso de la afilada cuchilla!

La Revolución, apoderándose del horrible instrumento, lo ostenta como emblema del *Terror*.

El incorruptible Robespierre, es el dictador.

El poder omnipotente.

Nadie se opone á sus designios de sangre.

La Francia, le reconoce por Dios.

Su poder es el negro fantasma que tritura la mente de miles desgraciados, acusados como traidores y *sospechosos* à la pàtria.

De los que gimen en lóbregos calabozos, y en su infortunio à cada momento esperan ser conducidos en la fatal *carreta* para ser inmolados en aras de las contiendas civiles.

De este catálogo del martirio, son tres señoras, que se hallan presas en la càrcel de la Conserjería.

Encerradas en un inmundo sótano.

Han sido llamadas en el mundo aristocrático de la época, Teresa Cabarrús, Madama de Poligná y Josefina Behaurnais.

A la sazón como *sospechosas* ante la junta de *Salvación Pública*, sufren la detención, esperando que el *Tribunal revolucionario* decida de sus suertes.

Han pasado horas de incertidumbre.

De ansiedad, de temor, de pena.

Pero en medio de aquella angustiosa situación, las afecciones del ánimo no decaen en sus espíritus elevados.

En tan crítico estado, la hermosa Cabarrús, se dirige à su compañera de infortunio, y la expresa:

—¡Qué desgracia!... ¡Y morir tan jóvenes! Nuestros maridos, nuestros parientes, nuestros amigos, nuestras más caras amistades... ¡Todas! ¡Todas sacrificadas!

¡Muy pronto haremos la triste homilia à la *Guillotina*... y allí, con la cervíz elevada, al final de este calvario... nos abrazaremos, para juntarnos después en el cielo de las almas grandes!

— ¡Tengo esperanza! — exclamó Josefina. — Tu poder misterioso me dice ¡espera! Vaga en mi pecho un instinto que me llena de agradables sensaciones; siento en mí la idea del bien futuro, un recuerdo grato: la *profecía de la Mulata*; os lo he dicho mil veces... ¡Ah! sueño de gloria y ambición...

¡Serè emperatríz!

.

V

Los *juegos* sangrientos no pueden ser duraderos.

El populacho de todas las épocas se ha apasionado por ellos, y ha manifestado en un momento de esfervecencia, su bárbara crueldad.

Con justicia, ó sin ella.

Luego se ha impresionado y ha dejado al verdugo solo delante del mártir.

Así, que la grave acusación formulada por Tallier, en la tribuna de la Convención, fuè la caída de Robespierre.

Como consecuencia, la victoria del nueve del Temidor.

La cabeza del Dictador rodò en el caldoso.

El periodo del *terror* había terminado.

De esta gran metamórfosis social, sobrevino la clemencia.

Las cárceles de París fueron desocupadas de los diez mil sospechosos que encerraban.

Josefina Behaurnais, se contó en el número de los que bendijeron esta medida de piedad.

La hermosa viuda brilló en la nueva sociedad.

La *juventud dorada*, la hizo la cortesania á su buen tono y elegancia en los bailes á la *víctima*, efectuados en los salones de *Nuestra Señora del Temidor*.

Allí conoció al general Bonaparte.

La historia de este gran capitán del siglo es bien conocida.

Josefina fué su esposa.

Napoleón la condujo al trono.

La profecía de la mulata, en parte se había cumplido... Era emperatriz.

VI

¡Abnegación sublime!

¡Voluntad enérgica!

Son las nobles virtudes que demostró Josefina al recibir la noticia de su repudio, para dar paso al tálamo imperial à la Archiduquesa de Austria.

Ni una protesta.

Sólo unas frases, el «adiós» al sér adorado.

Sus últimas palabras á Napoleón:

—*La razón de Estado me aleja del esplendor del trono. Dios conceda felicidad y ventura à la futura Emperatriz de Francia.*

Hay que pensar que Josefina, descendía del trono más elevado y esplendoroso del mundo.

Bien dijo la mulata: Que Josefina era accesible á las grandes fortunas, como á las grandes desgracias.

Voluntad, carácter de aquella, cuya memoria tanto agitó la conciencia del primer Capitán del siglo, cuando prisionero de la Europa, meditaba bajo del sáncce, de la agreste roca, en la estèril isla de Santa Elena.

RIMAS

He visto morir à muchos,
Y siempre he visto lo mismo:
Mas delante del cadáver
Los parientes, los amigos,
Se mesaban los cabellos,
Daban grandes alaridos,
Y más daño que al difunto,
Causaba ver á los vivos,
Al contemplarlos tan pálidos,
Macilentos y afligidos.

¡Comedia social! Ninguno
Tiene, al que muere, cariño;
Pero en que el efecto existe
Todos hemos convenido,
Y todos nos engañamos
Con nuestros llantos y gritos.

Yo, aunque de corta existencia,
He vivido años larguísimos,
Y por mi mala fortuna
La convicción he adquirido
De que los llantos que al muerto
Tanto prodigan los vivos,
Son conveniencias sociales,

Ó una especie de recibo
Que se extiende, del dinero
Que tuvo aquel cuerpo frío;
Dinero que del difunto
Piensa recoger solícito,
En recuerdo y como prueba
De su acendrado cariño.

Yo soy muy pobre, tan pobre,
Que Job, á mi lado es rico,
Y es natural que no tenga
Albacea, pariente, amigo;
Y ésto, léjos de dolerme,
Me dá un consuelo grandísimo;
Pues sé que cuando me muera,
Cuando esté mi cuerpo frío,
No habrá nadie que me lllore
Ni me aturda con sus gritos,
Ni que, pensando heredarme,
Haga comedias conmigo.

Madrid—1882.



LA MONDRÁGORA

Es una planta fatídica, que los magos la tuvieron por infernal.

La emplearon para sus conjuras las pitonisas, las sibilas y las vestales.

El hollarla es presagio de dolor; arrancarla, presentimiento de infortunio.

Acre, fea, verdinegra, más ponzoñosa que la belladona, el beleño y todas las solanáceas.

*

Como para el sábio no hay contradicciones cuando sus investigaciones son por amor à la ciencia, hé aqui á D. Jáime, profundo naturalista, buscando en vano la mondrágora en un jardín de Zacatecas, provincia de Méjico, para cuya adquisición había hecho un viaje desde la Habana, hospedándose en una hacienda donde la gala de aquel vergél era Guadalupe, hija del dueño, la cual amó al sábio con toda la exaltación de su alma.

D. Jáime, tal vez por deber de hospitali-

dad, fingió ó no quiso estudiar en los ojos de la jóven tan sentida pasión.

Pero el dominio de la carne es muy tentador; y una noche, el hado fatal le condujo al jardín en busca de la mondrágora.

Por el follaje, formado de enredaderas, yedras, jazmines, madreselvas y clemátides, una mujer, deslizándose, detuvo en su paso à D. Jáime, el que, al conocerla, quedó absorto.

Era Guadalupe, que con resuelto acento, le preguntó:

—¿Qué buscáis?

—Mi mondrágora. ¿Y vos?

—¡Mi deseo!... ¡Mi amor!

No hay duda, que un hombre, por insensible que sea, al oír tal declaración de una hermosa, ha de llegar al arrobatamiento y al febríl delirio.

D. Jáime había encontrado su mondrágora, à costa del honor de la bella mejicana.

*

Pocos días después, D. Jáime abandonó aquella comarca, marchando al viejo continente á estudiar el movimiento científico, ávido de los conocimientos humanos.

Ya en el Océano, de sus párpados previno una lágrima; era el ¡adiós! á Guadalupe;

de su boca se escapó una frase de compasión.

—¡Pobre muchacha; ya no nos veremos en la vida!

Guadalupe nunca olvidó.

*

¡Qué triste vá à ser para España la última década del siglo XIX!

La malèfica discordia, flotando su pendón por las selvas de la *Gran Antilla*, hierre, quema, mata.

El traïdor mambís, otra vez se ha revelado en contra de la pátria.

España arroja, para que la defiendan, sus hijos allende los mares.

Por ello, en aquella tierra, descubierta por el genovés, cada fusil es un heróico ejemplo; cada cañón un muro derribado; cada escaramuza un mar de sangre.

Escenas desoladoras se presentan à cada paso.

Cuadros como el presente, que crispan los nérvios al presentarlo.

Un ingénio asaltado por una partida compuesta de ambos sexos, y mandada por una mujer.

Las amazonas más implacables que las de la Capadocia, de que nos habla la historia.

La *Pardilla*, como se llama la capitana, génio del mal, entre aquellos escombros de ruinas, dicta la suerte de unos prisioneros, que el infortunio ha hecho que caigan en su poder.

Con crueldad refinada impone que han de ser macheteados.

Hay que obedecer, porque ¡ay de quien se oponga á tan terrible furia!

Los prisioneros se componen de un grupo de ocho soldados y un capitán de voluntarios.

Los que con la abnegación del mártir, esperan la muerte.

Al desfilarse ante aquella implacable hiena, de los labios del capitán se escapa un grito estentóreo, terrible, voz vengadora.

—¡Viva Cuba española!

El revólver de la *Pardilla* se dirige horizontalmente al pecho del bravo hijo de España.

Pero de súbito, un rifle se aproxima directamente á la sien de la amazona.

—¡Hiere si te atreves!—exclama una mujer.—Es mi amor, la única aspiración constante de toda mi vida, por el que me hallo en vuestra nefasta compañía.

Dos detonaciones resonaron en el espacio.

Un cuerpo cayó inmóvil, mordiendo la tierra.

La *Pardilla* había dejado de existir.

El eco sonoro del clarín anunció la llegada de la libertad.

Una guerrilla de leales ha sorprendido el ingenio.

Todos los traidores se han rendido á discreción.

¡Viva España! se oye por doquier.

*

¿Quién es la heroica mujer que ha salvado la vida del capitán, haciendo rodar por el suelo á la implacable *Padilla*?

Es Guadalupe, que el destino ha conducido á ser una aventurera y que, en pos de la felicidad, siguiendo un ideal, ha ido á parar en brazos de D. Jáime, el bravo capitán, salvado de la muerte por el amor de aquella varonil mujer.

Al deslizarse en la emoción que han sentido aquellos organismos, D. Jáime ha reparado en una planta acre, fea, verdinegra: es la mondrágora, la planta tan anhelada por el sábio y de que tanto nos hablan los libros sibilinos, los ritos druídicos y los legadas de Merlín.

EN LA MUERTE

DEL GRAN TRIBUNO

Emilio Castelar

Se apagó el viril acento
Del más ilustre patricio,
Del que unía al claro juicio
Las notas del sentimiento.

¡Ha muerto! Con emoción
Lo repite el pueblo hispano.
¡El orador castellano!
¡La gloria de la nación!

¿Cuándo se podrá escuchar
En la oratoria al poeta...
Hijo de la vena inquieta...
Si no vive Castelar?

El que amò el pátrio decoro.
¡Oh, nombre inmortal!... Por eso
En la historia del progreso,
Tendrá una página de oro.

Que demócrata lo fué,
Prefiriendo á la riqueza
La honradez y la pobreza
Y del cristiano la fé;

Gritaré siempre leal,
A lo que pienso y que siento;
El talento no es talento,
Si no tiende al bien social.

No hay político que obre
Con arreglo á su conciencia...
¡Señores!.. ¡Què coincidencia!
Castelar ha muerto pobre.

Eran sus grandezas tales,
Virtud y naturaleza,
Que prefirió la pobreza,
De los hombres inmortales.

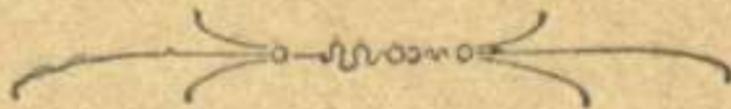
Restos de reyes encierra
Mármol que admiran los ojos...
¡Pero vale más la tierra
Que ha de cubrir sus despojos!

¡Lujo!.. ¡Orgullo!.. ¡Vanidad!...
¿Para qué la ostentación?
¡Castelar tiene el panteón
En toda la humanidad!

Así la fama pregona...
Mientras con respeto santo,
España, en doble quebranto
Le teje inmortal corona.

¡No pompas!... ¡Suntuosidad!...
En su sepulcro una cruz,
Su polvo alumbre la luz
Del sol de la libertad.

Murcia—Mayo 1899.



Un Beso y una Promesa

BOCETO HISTÓRICO

I

Es el día 3 de Marzo de 1597.

El noble Hantemer, capitán del ejército francés dá en su noche un solemne baile en el castillo que posee como gobernador de la inexpugnable ciudad de Amiens.

La trégua no ha espirado con España, y los galantes militares que guerrearán bajo las banderas de Enrique II, han convocado con este motivo, para que asistan à tan placentera fiesta, à lo más selecto de la guarnición de Doulens, fortaleza cercana que tremola en sus almenas el pendón de Felipe II de Austria, defendida por las huestes que manda el bizarro castellano Hernando Téllez Portocarrero.

Por esta razón, y en honor à los distia-

guidos huéspedes, todo está preparándose, y cada caballero no piensa más que en el atavío que le ha de envolver á la noche, para ser desconocido de sus amigos y de las damas que galantea.

No se piensa más que en la pompa y magnificencia que se ha de hacer en honor de la diosa Terpsícore.

II

La gran portolna del castillo, que sirve de puente al foso, está echada, y sus gruesas cadenas sueltas, las verjas abiertas de par en par, proyectando las luces interiores del edificio sobre su amurallado recinto; una gran claridad, efecto luminoso de las innumerables antorchas que penden de las paredes del zaguán.

Coches, literas, caballos, damas y embalzados, se detienen sobre este fondo iluminado; bajan los que vienen encima del vehículo ó el bruto, y se pierden, confundéndose en el vestíbulo, para ascender por los peldaños de la anchurosa escalera bizantina y tomar la arqueada galería, que les ha de conducir al salón de recepción, donde en agitado movimiento y en desenfrenado frenesí, no se oye más que el ruido del brocado, el choque de la seda, la voz ru-

da del iracundo hijo de Marte, la distinguida galantería, la sonora exclamación de la dama y el escapado suspiro del pecho del galán, donde en turbulenta lucha apasionada, batallan el honor, la hidalguía y el amor.

Formando contraste hermosas mujeres, adornadas con caprichosos trajes, valiosos encajes de Flandes, y ricas joyas esmaltadas de pedrería, reclinando su cabeza sobre el hombro del gallardo caballero, ora francés, ora español, que en aquel momento de éxtasis, impresionándose en un ideal de tantas perfecciones, perdía los negros recuerdos de las sangrientas hecatombes de Pavía, Metz y San Quintín.

Nada más halagüeño que aquel baile, dado en honor à los españoles, por el gobernador Hantemer. La música, los tapices, las cuadrillas de bailarines, arrastrando á las parejas en su danzar vertiginoso, todo era digno del buen gusto del que habiéndose educado en el aristocrático *Louvre*, recibiera con tal exaltitud el sello de galantería que dejaron impreso en la corte de Francisco I, las duquesas de Angulema y Epernon.

III

Reina del salón, hermosa entre todas, enjendro bellísimo, cubriendo su delicado mo-

delo con un disfraz de brillante raso, ostentando en los desiguales pliegues de la finísima tela, confusión de figuras blasonadas que se prestan á estudios heráldicos, y al mismo tiempo ciñendo su flexible cintura tafilada correa, pendiendo de ella y oscilándose al más leve movimiento de la dama, la limosnera (símbolo de protección al vasallaje); cubriendo sus diminutos piés, unos bien trabajados chapines, adornando la madeja castaña, que engalana sus sienes, elegante birretillo donde luce, columpiándose, gallarda pluma de cisne, que gira al más leve movimiento de la escultural cabeza, cuyos detalles y sombreados perfiles dominando con la tiránica impresión de sus rasgados ojos negros, dieran envidia á la *Vènus griega*, forjáran una creación en la mente de *Fidias*, para esculpir su *Minerva*, é inspiración á *Pigmalión*, para inmortalizar su *Galatea*; uniendo à estas bellezas, una voz sonora, fresca, expresiva, hasta el extremo de herir las fibras delicadas del corazón humano, conjunto que atesora extraordinarios atractivos. Tal es Serafina Hantemer, hija del gobernador de Amiens.

IV

En un diván, colocado en el vértice que forma uno de los ángulos del salón, en com-

placiente y animada plática, hállanse Serafina y un caballero que vivirá en el mundo como unos treinta años. La enérgica belleza de su semblante, está realzada por la palidez de su cutis: negro traje español se amolda á su cuerpo, ciñendo la cintura ancho talíz, dò pende una fuerte tizona toledana adornada con dos pesados gavilanes; sus ademanes, propios del guerrero, se confunden con una elegancia sin aliño, y un grajejo capaz de encantar à la más pervertida sirena.

Léjos de los oídos investigadores, aunque no de los ojos de la curiosidad, Serafina y Hernando Portocarrero, que tal era el nombre del hidalgo, han dejado el momento de la galantería para hablar muy quedo algunas secretas palabras. ¡Quizá de orgullo!... ¡Quizá de amor!... ¿Quién sabe?

¿Qué había sucedido en la plátiea entablada por la noble Serafina de Hantemer y el bizarro gobernador de Doulens?

A una declaración amorosa, hecha por el caballero, contestó la solicitada beldad con altanería y menosprecio, exigiendo, en prueba de pasión tan repentina, que fuera Doulens de Francia, ó Amiens de España.

—Acepto vuestra proposición—acentuó

el caballero, con no menos mofa.—Pero como yo nunca sería perjuro á mi ley, ni traidor à la madre pátria, lo más fácil pudiera acontecer que Amiens fuera de España, y cuando la cortesía exige que un caballero rompa lanzas por caprichos de su dama, debe éste de tener el merecido premio. Yo me anticipo à manifestaros que, el dia que tremole el pendón castellano en la torre más alta de la ciudadela, aquel dia me remunerareis tal acción con un beso estampado en vuestros purpurinos lábios.

—Quedo sujeta á vuestra voluntad si tal sucediera; pero para paso tan arriesgado aún quedan dentro de los almacenes de guerra de la ciudad de Amiens, pólvora, resinas, aceites, maderas y combustibles, para incendiarla, envolviéndonos todos los buenos franceses entre el humo y las ruinas que produjeran los efectos de la horrorosa catástrofe. Si vos teneis espada y bravos soldados que os sigan, yo admito: y en ese dia, tan triste para mi pátria, os ofrezco como esclava el beso propuesto... Pero, capitán Portocarrero, Amiens nunca será de España... Tal vez, Doulens sea de Francia.

Erguiéndose Serafina del asiento que ocupaba, con la actitud propia de una emperatriz, alargó su mano al español, que al estrecharla en la suya, sintió la sensación

fría, que se experimenta al contacto de un témpano de nieve, y la orgullosa francesa, despidiéndose, se alejó de aquel sitio para perderse entre el torbellino de damas y caballeros que vagaban por el salón; dejando resentido el amor propio de Hernando Téllez Portocarrero, que desde aquel momento resolvió tomar la plaza de Amiens ó morir en la demanda.

.
Terminado el baile, franceses, españoles y damas se saludaron cordialmente, saliendo tranquilamente del palacio del Gobernador, para sus respectivas casas solariegas, posadas y alojamientos.

Como negra nube que deja indeleble huella en el azul del firmamento, así había quedado gravado en el corazón de Portocarrero, el reto de la hermosa Serafina, y al salir el español del castillo, su pensamiento dominante era el persistir en la toma de Amiens.

V

El crepúsculo vespertino había declinado; y una apacible luna del mes de las flores, bañaba un gran pelotón de soldados que se dirigían por el camino que parte de Doulens,

para Amiens. La respiración, un tanto fatigosa, porque en el espacio de seis horas habían ejecutado una marcha de siete leguas, encontrándose á una de la ciudadela francesa.

Todo era precaución. todo silencio; el más leve ruido, la ráfaga más ligera se prestaba á la atención de aquellos bravos que componían parte del tercio castellano que custodiaba la ciudad de Doulens, ostentando en sus murallas las banderas de España con el escudo de Felipe II.

Hecho alto al pié de una ermita que le llamaban de la Magdalena, Hernando Téllez de Portocarrero en persona, que tal era el jefe que los guiaba, indicó á un sargento de sus bravos, llamado Francisco del Arco, el plan concebido desde la noche del baile, en el castillo del gobernador de Amiens.

Nuestro Francisco del Arco, ilustrado y dispuesto siempre á las grandes empresas de la guerra, enterado de los planes de su capitán, dirigióse al pelotón de soldados, que en descanso se hallaban; y con voz marcial, exclamó:

—A ver, diez hombres que estén cansados de vivir.

Toda la compañía, dió dos pasos al frente.

—Así me gusta, camaradas; bien se conoce que hemos nacido en la misma tierra que el Cid.

—¿Y à dónde vamos, mi sargento?—se atrevió á preguntar uno de ellos.

—¿A dónde? A donde haya estocadas que dar, franceses que exterminar y mujeres que amar.

Y escogiendo diez de aquellos veteranos, Francisco del Arco, lanzando una formidable blasfemia, se dirigieron por el camino de Amiens.

VI

El astro del dia, acababa de dar su primera luz á la mañana del 20 de Mayo del año comentado.

Cuando las puertas de la ciudad de Amiens se abrieron, y las gentes empezaban á salir á sus labores del campo; mientras que infinidad de aldeanos, avencidados en las cercanías, llegaban de las afueras del recinto, para expender los frutos de su recolección en el mercado.

Venían de los primeros, un grupo de tres campesinos con grandes cestas á la cabeza, al parecer colmadas de frutas, siguiéndoles á corta distancia un carro de madera, acompañado de algunos hombres vestidos á la usanza del país? Apenas uno de ellos pisó los umbrales de la puerta de Amiens, dió un fuerte tropezón y dando en tierra, echó à rodar el cesto que llevaba, empu-

jando al rústico inmediato, que vaciló, cayendo con la figura cóncava de mimbre que sostenía.

Bulla, algazara, apláusos irónicos, por parte de los centinelas franceses, siguió á la torpeza de los labriegos, los cuales, abandonando el cuerpo de guardia, confundiéndonse con los maltratados villanos, para coger cada uno la mejor parte de manzanas y nueces esparcidas por el suelo.

Súbitamente llega el carro á colocarse bajo el dintel de la puerta, y en tal situación; del grupo que componía los conductores, suena un pistoletazo, y la figura de Francisco del Arco se destaca, y éste, con brazos de atleta, empuñando una fuerte tizona (oculta bajo del disfraz), logra esparcir el terror en los soldados que, sorprendidos y acobardados, no piensan más que rendirse á discreción.

Cual génio de la guerra, á toda brida sobre el alazán, siguiéndole varios escuadrones de caballería y á la carrera numerosa infantería, se presenta el intrépido Portocarrero, atraviesa las puertas interpuestas, invade con sus gentes calles, toman puntos estratégicos, dominan la población, no parando hasta internarse en la plaza del castillo, al grito de ¡Adelante! y ¡Viva España!

Ruidos de aceros, disparos de arcabuces, gritos descompasados, llantos de mujer, alaridos frenéticos, hombres que muerden el polvo, sangre que orea por los muros, es la escena que sucede al querer atravesar las huestes castellanas, el zaguán que sigue á las puertas del palacio del gobernador Hantemer.

La resistencia es tenáz por parte de sus defensores, que, demostrando valor y corazón, no quieren rendirse como simples mujeres, á los primeros ataques, sin defenderse heroicamente.

La fúria y el rigor, costumbre de los españoles en los campos de batalla, caen sobre los franceses que, por no hallar piedad en los vencedores, están resueltos á morir en la lucha, ántes de postrarse como prisioneros de los castellanos, mientras que los soldados de Portocarrero, con las armas en la mano, descubriendo la grandeza de la victoria, no cejan hasta rendir aquel puñado de valientes, que, merced al destino preparado por el *Dios de las batallas*, han sido sorprendidos, acuchillados y vencidos.

Sin freno, los españoles vagan por la ciudad; por ella, desparramándose con furor por todas partes, avalancha que lleva la ley de guerra por egida, designaron el saqueo, y esto les abona á cuantos desórdenes y atro-

ciudades es de esperar de unos hombres de armas, que han tomado una inexpugnable plaza por asalto.

Todo se humilla ante su poder, los hombres y las mujeres; las casas son saqueadas; envuélvese la muerte con la tenacidad... con el incendio la resistencia.

¡Recuerdos tristes, escritos con sangre en las páginas de la historia, para que puedan exclamar los que sobrevivan á estas grandes catástrofes: ¡¡Maldita sea la guerra!!

VII

¡Asilo!... ¡Piedad!... ¡Vive Dios!... Que el osado que no obedezca mis órdenes, se ha de encontrar con el filo de mi acero.

Esto indicaba Portocarrero á los españoles, que à la voz de su jefe prestábanse á una suma obediencia; suspendiendo los horrores de la matanza y el saqueo en la fortaleza y en la población.

Y seguido de vários de ellos, penetraron en el palacio del Gobernador, atravesando cuadras, donde yacían cadáveres, heridos, mujeres suplicantes, prisioneros, (entre estos últimos el gobernador Hantemer). Haciéndose paso el infeliz capitán, cruzando comedores y salones, de repente se encon-

tró en un aposento con la bella Serafina. Pálida y triste como la imágen del dolor, entregada à los punzantes escrúpulos del remordimiento, siendo su culpa el origen de tanta desgracia, se entregaba la orgullosa francesa, luchando con esos dos sentimientos, cada cuál más poderoso: el amor y el patriotismo.

La pasión había embargado su pecho, desde que presenciára atónita el valor irresistible de la espada de Portocarrero. Y sufría con cuanto mayor motivo, cuando en su mente se aglomeraba la idea de que ella era la causa del cautiverio de su padre, del derramamiento de sangre de sus hermanos y del deshonor de su pátria.

La incertidumbre de su porvenir en aquel momento le era demasiado angustiosa, porque el vencedor, confiado en la promesa del baile, cumpliría su juramento.

En esta lucha de su alma acudía á Dios, como única esperanza, confiando en la clemencia, virtud de Portocarrero, como consuelo para mitigar sus dolores.

Cuando éste, delante de ella, ante tanta hermosura, que resaltaba con mayor esplendor por la febril tristeza que cubría su gracioso rostro, experimentando el profundo respeto que inspira siempre al hombre de corazón y caridad, el sér infeliz que

se halla cercado por la desgracia; contemplándola, la dijo:

—¡Señora, sois mi prisionera!

—¡No! Soy vuestra esclava.—Contestó, sollozando, la desgraciada jóven.—La promesa de la noche del baile, está cumplida. Apelo á los buenos sentimientos del vencedor, suplicando para que sea clemente: cese la destrucción y que más sangre no sea derramada de mis compatriotas: en cuanto à mi deuda ofrecida, espero en la magnanimidad del caballero, y de otro modo sufriré con resignación el fin triste, deparado por el destino.

—Descuidad, bella Serafina: sujeta à mi albedrío, vuestro honor y decoro están à salvo; os lo juro en nombre de la santa memoria de mi madre. Todos los prisioneros serán salvados; los que en favor de Francia, quieran volver à militar bajo de sus banderas, que salgan de Amiens cuando quieran... Los españoles somos con ellos benignos... Y ¡ay! si algún imprudente cometiera con ellos el más pequeño desmán, que... ¡por Santiago, que se había de ver su cuerpo suspenso de una almena, ó cortada à cercén su cabeza por el hacha del verdugo! Yo he venido aquí, en virtud de aquella promesa: he cumplido lo que juré; no me une ningún vínculo à mujer alguna;

vos sois libre, y si quereis ser mi esclava, os sujeto á las dulces cadenas que enlazan dos corazones ante las gradas del altar.

— Sois el mejor de los hombres, — interrumpió Josefina, apareciendo en su bellísimo rostro la animacion perdida por los sinsabores que la dominaron durante los terribles momentos del asalto. — Seré vuestra esposa, vuestra esclava.

— ¡Serafina! os amo: este secreto que fué desechado la primera vez que os ví, no debiera salir de mis lábios: no sé por qué al verme solo con vos... en este momento, lindos hechizos me matan.

— ¡Oh! piedad, caballero — exclamó con voz temblorosa. — Sabed que os pertenezco y que sois el fiel guardador de mi honor, mi futuro marido.

Pero lo decía, lanzando los fulgores de sus hermosos ojos sobre el caballero que, fascinándole, le llevaban hácia ella, cual si fueran la influeneia del imán.

Movido por la atracción que ejercía sobre el castellano, le atrajo hácia sí, y en aquel impulso vital, al contemplarla con éxtasis, sintió por sus arterias sensaciones tan irresistibles, que en un arranque de amor, estampó con delirio frenético un sonoro y ardiente beso en sus graciosas y purpúrinas megillas.

La promesa hecha por Portocarrero à Serafina en el baile dado en honor á los españoles, estaba cumplida: la acción del beso, consumada; la hidalguía francesa, vencida, no por el derecho de la fuerza, sino por el dulce imperio del amor.

.....

 Interín esta escena sucedía entre los dos amantes, el bravo Francisco del Olmo enarbolaba la gloriosa enseña española, en la más alta torre de la ciudadela, al grito clamoroso y entusiasta de ¡Viva España!; y ese portentoso grito fué el que saludó el claro sol de las Navas, el que inspiró à Fernando el Santo ante los muros de Sevilla, la voz bélica de los guerreros castellanos ante Boabdil al entregar las llaves de Granada, el que resonó en la triste noche de Otumba, lanzado por Hernán Cortés, y el del dos de Mayo, á la heróica voz de ¡Viva España!

La Pena de Muerte

La economía de la sangre humana, es la primera de las virtudes.

(El Barón de Holback.)

¡Luz, Progreso, Ilustración,
Todo lo que el hombre alcanza!
¿Por qué ha de ser la esperanza
Hermana de la ilusión?
¡Por qué tanta obstinación,
Tanto alarde y tanto brío
Encomiando el poderío
De vuestras nobles acciones,
Si las más viles pasiones
Imperan con desvarío!

Vuestro concurso preciado
Implora toda alma honrada,
Con la conciencia indignada

Y el corazón lacerado.
Hànse ya inmortalizado,
Con irrefutables juicios,
Grandes y buenos patricios,
Más que por su amor profundo,
Por el modo con que el mundo
Premiaba sus beneficios.

¡Y es que el *delito de amar*
La verdad, dà que sentir!
¡Es que para no sufrir
Se necesita ignorar!
Pues vimos ambicionar
(Y la historia lo pregona)
Un cetro y una corona
Llamada á desaparecer,
Por el salvaje placer
Que la sangre proporciona.

¡Luz, Ilustración, Progreso,
Tended vuestra mano santa;
Ved que el tirano levanta
Patíbulos con exceso!
Quitad de su sueño el peso
Que le abate, ò de otra suerte
Su abyección quedará inerte
En el lodazal inmundo,
Que es un crimen sin segundo
El de la *pena de muerte*.

¿Quién es un legislador
Para decretarlo así?
¿Acaso el que manda en mí
No és el Sumo Creador?
¿No dispone á su sabor
De deshacer lo creado?
Si delito he perpetrado
Respondiendo á mi conciencia,
De Dios será mi existencia,
De la Justicia mi estado.

Castígueseme en verdad,
Si he cometido un delito;
Quien desprecia lo prescrito
Desprecia su libertad.
Y aunque nó la voluntad
Sea del hecho factora,
Y sí sea productora
Del crimen la sin razón,
No importa: mi corazón
Que se torture en buen hora.

Hay un axioma evidente,
Por su gran virtud bendito,
Que nos dice: «Odia el delito,
Compadece al delincuente.»
Y si, indefectiblemente,
Rindieran culto sagrado

A esta máxima, el penado
Arrastraría cadenas,
Pero el jugo de sus venas...
¡Nunca, jamás fuera hollado!

Desde la época presente
A remota edad pasada,
¡Cuánta víctima inmolada
Ignominiosa y cruelmente!...
Con tanta sangre inocente
Bien se pudo haber formado
Piélago más dilatado
Que el Océano profundo,
Y opuesto al mar sin segundo
Otro mar ensangrentado.

Del patíbulo, el rigor
Sufrieron con inclemencia
Mil mártires de la ciencia
Y otros tantos, de su honor.
La religión *con su amor*,
La política, la envidia,
La soberbia y la perfidia,
Nutriéronse con el jugo
Que proporciona un verdugo
En la fatídica lidia.

¡Ved el cadalso maldito
Y ved la gente en tropel!...

Si alguien protesta, es con el
Optimista «¡Estaba escrito!»
Mirad al reo contrito
Que, corazón ó demencia,
Cometió una delincuencia;
Y para mengua mayor,
¡¡De *un ministro del Señor*
Esto abona la presencia!!

Después un hombre sin ley,
Sin honor, sin dignidad,
A impulsos de su impiedad
Y obedeciendo à su grey,
Conviértese pronto en rey
De los tigres del desierto,
Y sube con paso cierto,
A compás de un clamor ronco,
Y horriblemente, de un tronco
Corta y deja un cráneo yerto.

¡Y de la pena que amaga
Cual formidable vestiglo,
En el diecinueve siglo
Aùn hay quien se satisfaga!...
¡Sàtrapas, sois una llaga
Cancerosa de lo humano!
¡Vuestro sentimiento insano
Precisa desaparezca,
Y esa *justicia* perezca
De la razón à la mano!

La historia suele mentar
Algún rastrero Erostrato,
Que por dar lustre y boato
A su nombre militar,
Su ejército sublevar
Al *hèroe* le plugo un día,
Y hoy que la suerte varía
Y su posición fulgura,
¡Pues le abre una sepultura
A la menor rebeldía!...

Una cadena potente
Al criminal implacable;
Un calabozo HABITABLE
Al mísero delincuente;
Guerra á la nación que intente
Ultrajar débil Estado;
Que no haya nunca un soldado
Ni una bélica epopeya,
Y entiérrese, cual Pompeya,
Todo burgués despiadado.

• • • • •
¡Luz, Progreso, Ilustración,
Todo lo que el hombre alcanza;
Dadnos pronto la esperanza,
Templad nuestro corazón!
¡Despierta, generación!
Cumple pronto con tu suerte

Y dó un espíritu fuerte
vea el patíbulo odiado,
Que prorrumpa entusiasmado:
«¡Guerra á la pena de muerte!!»

Cuenca—1889.



ORÍGENES DEL TEATRO

según la historia y la tradición

Aunque la estrella del teatro haya experimentado las alternativas de aparecer y obscurecer en épocas diferentes, desde que fué iniciado su origen en el monte Himotto en holocausto á Baco, y en el Odeón, para cantar la grandeza de los dioses griegos; no porque haya sufrido estas variaciones ha dejado de tener sus fases como los demás astros del arte.

La historia demuestra que la propiedad de sus rayos, han sido refractos luminosos que se han posado en el camino florido por donde ha tenido que atravesar la maga salvadora de todas las edades, de todos los pueblos y de todas las razas llamadas de la civilización.

No cabiendo ánda que todas las sociedades que han seguido á los tiempos felices de Solón y han ensayado las bellas letras, les ha dejado grabado indeleble recuerdo en la imaginación, cuando han admirado, visto y

oído la forma de esa noble versión, hoy entusiasmo de las naciones cultas, que denominamos con el título de arte dramático.

Principio apto para la marcha del progreso como todos los ramos del saber humano, que fecundizan nuestra inteligencia al presentarnos la audacia de las grandes empresas, con la sublimidad de los héroes en la lucha de las pasiones, mostrándonos la vida real y positiva de todos los tiempos con sus tradiciones; episodios, costumbres en lo concerniente à los recuerdos del ayer; deagarrotipo de lo pasado y lo presente.

Muy escasas noticias nos han legado los escritores contemporáneos à la aparición en la escena del mundo, del arte del teatro.

Pero según la historia, nos limitaremos à decir, que vió la luz en Grecia. En esa tierra que fué empório del saber humano; allí donde tanto génio fecundizó las bellas artes, presentándonos en sus tradiciones infinidad de héroes y de sábios, colocándose à la vanguardia de los demás pueblos del universo en la antigüedad como madre de los primeros artistas, creadora de las colosales maravillas de la tierra, monumento histórico, donde han copiado para delinear sus grandes concepciones, cuantas celebridades han existido en los siglos posteriores de aquella edad.

Extensas narraciones pudiéramos hacer sobre el origen del teatro, á nuestros lectores; sólo diremos lo poco de que se ocupa la historia sobre su procedencia.

El principio religioso fué el único acto para fundarlo como todo lo sublime se hacía en el pueblo griego, por influencia de su mitología.

Icario, propietario de una aldea cercana de Atenas y como costumbre en las fiestas que se efectuaban en honor de los dioses, fué el inventor; el móvil inspirador, para ello lo suscitó él; como viese un macho cabrío que le talaba las viñas, cogióle y sacrificóle á Baco; como entonces, época de la vendimia, y como los recolectores se enteraron de la inmolación en holocausto al dios de las Bacantes, danzaron alegremente en derredor de la víctima, entonando cánticos y alabanzas á la deidad gentílica ensalzada en los bacanales.

Hè aquí su introducción: sensual, vehementemente, patética, formando sus atributos de verdes guirnaldas de hiedra y frondosos ramos de pámpanos, su origen como el de toda poesía pastoril, llena de ese sentimiento religioso que inspiró al pueblo griego á levantar templos á Ceres, á Diana y á las divinidades campestres de la Arcadia. Como está probado que todo lo bello tiene en-

tre los individuos de la raza racional gran acogida, y que en el curso de cosas porque atraviesa la humanidad, lo más sublime se dilata por encima de los efectos triviales. ¿Cómo no había de encontrar eco el arte dramático, en un pueblo que fué el máximo del entusiasmo en favor de todo lo que atendiera á la marcha civilizadora de su sociedad?

Así es, que en la isla de Itàlica, en las tierras de Cefalonia, en el bosque de Necreo, en los ampulosos campos de la Arcadia, esos hijos de la inspiración dedicados à cantar las grandezas de los dioses y de los héroes, huella marcada por Homero, germinaron la idea de formar asuntos de la historia mitológica, haciendo partos de su génio para dar realce á la invención popular, y de ahí nació la suposición denominada tragedia, que en griego tenía el significado de *tragos odre*, cuyo origen procedía del macho cabrío inmolado á Baco en la primacía de este arte, y de una medida agraria, llamada *odre*, que se daba á los poetas, llena de trigo, en recompensa de la composición poética que hiciesen para que fuese cantada en las festividades campestres...

Repitióse anualmente el uso de estas fiestas, á la cual los vates contemporáneos compusieron himnos y poemas líricos, que

con grande regocijo entonaban toda una multitud á voces por bandas separadas, respondiendo alternativamente, unas tras otras, empezando de esta manera e Idiálogo cantado.

Bien pronto se introdujo en Atenas la costumbre de estas solemnidades, y desde los bosques que custodiaron aquellas ninfas que llamaron Driadas, pasó el canto dramático à encarnarse en la sociedad ateniense, que reconociéndole con el culto que merece, le colocó desde su principio en la cumbre del influjo del arte; siendo la primera en alzar monumentos para que en sus ámbitos se ensayaran y recibieran coronas de laurel todos los génios que levantarán altares en honor de las musas, Melpómene y Talía.

Tal es el origen de este arte, que ha contribuido en todas èpocas á pulir las costumbres, presentándonos el entusiasmo y el valor, al mostrarnos en su historia el heroismo y la virtud de todas las edades que han sobrevivido desde que salió, cual sol esplendoroso en sus primeros albores, para alumbrar con sus dorados rayos á la inolvidable pátria de Licurgo.

La Cruz de Don Jorge

I

De Garci-Muñoz camino,
A Santa María los Llanos,
Linde la Nava Saliente,
De Villena marquesado,
Há un siglo existió una cruz
Sobre peñas, sin amparo,
Que la interperie y el sol,
Mostrándose poco gratos,
La madera carcomieron
De este atributo cristiano.

Anto el *Signo* hizo homenaje
Caminante y aldeano,
Y en soliloquio mental
Solían orar, exclamando:
«¡La cruz de Don Jorge, cielos,
Ese tan cumplido hidalgo!...
¿Qué significa este nombre,
Del vulgo tan evocado?»

Es episodio natable
De un triste lance pasado,

Que en historia muy verídica
Lo escribió Pulgar, Hernando.
Oid el caso sucedido,
A mi manera narrado.

II

Por el pueblo de Castilla,
Con frenético entusiasmo,
Al suscitarse la muerte
Del rey Don Enrique cuarto,
Fueron los reyes católicos
Al trono español llamados.
Entonces, en son de guerra,
Nobles revélanse en bandos,
Y en castillos y en ciudades,
A la Beltraneja alzaron.

Ambiciosos, turbulentos
Con su proceder menguado,
El Maestre de Calatrava
Y también su buen hermano,
Se unieron al portugués,
Estrecha liga formando
Con el Marqués, caballero
De Villena, así llamado,
Que en la villa de Belmonte,
Con parciales y vasallos,
Forman terrible algarada:
Saliendo luego talando
Los castillos y los pueblos,

Que la bandera no izaron,
A fin de arrojar del trono
A los reyes castellanos,
Para sujetar à raya
A la rebeldía, marcharon
Los famosos capitanes
Por su alteza designados:
El Conde Jorge Manrique
Y el inteligente y sàbio
Don Pedro Ruíz de Alarcòn,
Que se hallaba gobernando
En la villa de su nombre,
De donde casi era el amo.

III

Era Don Jorge Manrique
Aquel trovador galano,
Hijo del Conde Paredes
El gran Maestre de Santiago;
Por su valor y buen porte,
De los monarcas amado,
Regocijo de las damas
Y honor de los cortesanos.
Con tan meritorias prendas,
Doña Isabel y Fernando
No dudan un sòlo instante
De este fiel y leal vasallo,
Que en muy poquísimos días,
La insurrección terminando,

Daría al traste con los planes
De los nobles revelados.

IV

Tras de muy rudos combates,
Escaramuzas y asaltos
En Quintanar de la Orden,
Albaladejo, Montalvo,
Y otras villas y castillos
Del Maestrazgo de Santiago,
Por Manrique y Pedro Ruíz,
Los de la *liga*, humillados,
Divididos en discordia,
Pleito homenaje hacen varios
De guardar fiel obediencia
A los reyes castellanos:
Otros, siguiendo á Villena,
En Garcí-Muñoz, cercados,
Preparan fiera celada
Al trovador tan galano.

V

Llore la Musa, afligida,
De la castellana *fabla*:
Jorge Manrique agoniza
Al golpe de férrea lanza.
La traición, con sus ardides,
Poniéndose cara à cara.

Guía al leal campeón,
 A miserable emboscada,
 Y solo, contra cuarenta
 Lucha, y esgrime, y ataca.
 Noble paladín sucumbe,
 Con la cerviz elevada.
 ¡El hálito de su vida
 Por segundos se escapaba!...
 Con eco triste, doliente,
 Lanzó estos ayes del alma:

*Nuestras vidas son los ríos
 Que án vá parar al mar,
 Que es el morir;
 Allí ván los señoríos,
 Dispuestos á do acabar,
 Y consumir.*

VI

. . . ,

En el lugar de la escena,
 En que oreó sangre tan noble,
 El mundo erigió una cruz
 Que se llamó de Don Jorge.

¡ CONFESIÓN !

Era una alegre mañana de Primavera.

No hacía mucho habían sonado las cinco.

Acababan de abrirse las puertas de la iglesia de Nuestro Padre Jesús, de Murcia.

En este lugar de recogimiento, en sí misterioso y tenebroso antro, nose alberga en aquellos instantes, más que un sér enflaquecido por la abstinencia y la oración, llamado el Padre Luis.

El que, extasiado, y orando delante de la severa imàgen del *Cristo de la Caída*, no reparó en la aparición de una dama de gallardo porte y de continente aristocrático, que dirigiendo sus pisadas hácia el sitio donde en profunda meditación elevaba el sacerdote sus preces al *Altísimo*; interrumpióle con acento tímido, y le preguntó:

—El padre Luis, ¿tiene V. la bondad de decirme dónde podré hallarle?

—Estais hablando con él—dijo, con expresión suave y bondadosa.

—Yo soy la Condesa de...

—Os esperaba.

—No podeis negar que no he sido cumplida. En el centro de la Normandia, recibí vuestra inexperada misiva, y aquí me tenéis en disposición para hacer manifestación de mis pecados, y contristada para ser absuelta de ellos.

—Es deber de conciencia—interrumpió cortando la hilación, el Padre Luis.—Se trata de una misteriosa historia, en la que vos como parte principal, al narrarla, se ha de agitar vuestro sensible corazón, si poseéis sentimientos delicados y generosos.

—Sí; tristes recuerdos que laceran las fibras de mi alma, evocando el pasado—dijo emocionada la dama.

—Hija mía; aunque en estos momentos os sea muy sensible, aunque os mortifique voy á relataros....

—Nó; en el sitio de la penitencia.

—¿Para qué?—dijo el Padre Luis, con tono firme y subido, elevando sus ojos hacia la pequeña cúpula del templo.—El amor no es pecado; ese nuncio del bien ó del mal, á todos nos ha guiado.

—Las palabras de V. me animan y confortan, infundiendo mi alma, cual si recibiera el divino soplo... Pues bien; oidme, por caridad. Voy á relataros lo más íntimo de mi vida; en ello vá la declaración de mi deshonra. Es la respuesta à la carta que tu-

¡Deseis el acierto de escribirme. Nací de linaje esclarecido; me crié en este paraíso de flores y de poesía, llamado huerta de Murcia; mis padres, aferrados á sus viejos pergaminos, preocupaciones de prosapia, no se cuidaron de que la hija del noble, teniendo corazón para sentir y ojos para llorar, pudiera amar al pobre huertano, que cual padre de otros tiempos, lo dedicaron á mi servicio. Era Juan un gallardo mozo, de aspecto varonil y de agudo ingenio, poco común en gente de su clase; del rozamiento nacen las libertades, de las simpatías el cariño, y del amor el desenfreno de la pasión.

¡Padre, perdonadme!

Le amé con locura, fui frágil; mi elevada posición influyó de obstáculo para que no se efectuara nuestra unión. Maldita sean las desigualdades sociales. El demonio de la vanidad, la voz severa de mis padres, los que no condenaban la pasión ni el delito, condenó la impremeditada conducta de haberme arrojado en brazos de un seductor, sin nombre, sin posición y sin cuarteles en su escudo, circunstancias que me movieron á despreciarle; y una noche... (nunca olvidada) en que fruto de mi liviandad, di á luz á un sér desgraciado... Juan, hombre de corazón, desapareció de mi hogar, para no

tener ni la menor noticia suya, ni del hijo querido de mis entrañas.

—Esta es mi triste historia... absolverme ó condenarme... Pero, decidme; ¿en dónde está mi hijo?

Por contestación el Padre Luis, con noble ademán, presentó á la dama una carta, que leída por la Condesa en aquel momento solemne, así relataba:

»Padre Luis: Defendiendo á la patria que
 »rida, como jefe de mi escuadrón, salí pa
 »hacer un reconocimiento por la manigua
 »Los insurrectos, en las concavidades de
 »bosque, atisbándonos, nos preparaban un
 »emboscada... Luchamos con el valor
 »nunca desmentido en los hijos de España
 »La desgracia, que nunca ha dejado de per
 »seguirme, hizo que en el fragor de la pe
 »lea, en mi pecho se estrelláran dos mort
 »feras balas. Mi existencia se acaba por m
 »mentos: sobrevivo por los cuidados de
 »ciencia. No me importa el morir: así ir
 »conmigo á la tumba el recuerdo que he
 »guardado constantemente á la ingrata
 »pero no quiero que se deposite en la tumba
 »mi secreto, que algún dia puede afrentar
 »al pobre hijo, ávido de aquellos infortuna
 »dos amores, hoy abandonado á los impla
 »cables designios del destino. Un deber de
 »conciencia me impone que hagais saber á

AL DISTINGUIDO BARÍTONO DE ZARZUELA

D. Francisco Barnès

en la noche

DE SU BENEFICIO

Existe un templo elevado,
Donde en grandeza notoria
Se une el honor con la gloria
En un vínculo sagrado:
Santo recinto, admirado,
Que el excéptico respeta,
Donde en igualdad completa
Talía en su amor reparte,
Con el holocausto al arte
Los laureles del poeta.

Templo la gloria le nombra,
Y arde siempre ante su altar
Una antorcha luminar
Del arte que al mundo asombra.
Tiene de flores su alfombra
Calvo, Romea, Alarcón...
Que glorias de España són,

Y en su bóveda esplendente
Luce el sol resplandeciente
Que coronó á Calderón.

Y ese templo, en que fulgura
Rayos el sol de la fama,
Y que actor hoy te proclama,
Entras con planta segura;
Y el apláuso que te augura
La gloria y renombre fiel,
Vés que recoges en él,
Hoy, caro amigo del alma,
Para tu nombre una palma...
Para tu frente un laurel.

Murcia—Enero 1899.



EL HIJO PREDILECTO

Las privilegiadas de la inteligencia y del saber, hijas de Júpiter y Mnemosina, se han dado cita en el monte Helicón.

Junto à la fuente de Hipócrenes.

Donde se convocan de lustro en lustro estas púdicas doncellas, para cumplimentar el recuerdo del grandioso fasto, en que florecieron los sublimes vates Homero, Píndaro y Virgilio, gloria de las ciudades dó brilló el fausto, el arte y la poesía, Atenas y Roma.

A esa hora en que el rubicundo Febo aparece por el Oriente, dando cuerpo à los vislumbres pàlidos del crepúsculo matutino, para encanto de la naturaleza, hállanse reunidas las nueve musas; las habitadoras de los Campos Elíseos, las inspiradoras de tantos notables ingénios, que han elevado las ciencias, las letras y las artes.

Allí; en la cumbre del monte Parnaso.

Allí; sentadas en los escaños que Apolo les ha preparado en el templete que se eleva sobre el pináculo de la gloria.

Allí, Clío, diosa de la historia; Euterpe, de la música; Talía, de la tragedia; Tersícore, de la danza; Erato, de la poesía; Calíope, de la epopeya; Urania, de la astronomía, y por fin Polímnia, de la elocuencia.

Allí; cada una de estas castas amigas de los dioses, ostentando en sus modeladas y delicadas manos, los atributos de las ciencias y artes que protejen.

Allí; las laboriosas driadas, cultivadoras de los sagrados árboles del Pindo, forman cortejo á las ideales musas, dando con su presencia, vida, realce y belleza á aquel cuadro encantador y sublime.

Allí; cabalgando sobre el caballo Pegaso, el que presenta sus alas tendidas al cielo, se admira á la diosa de la elocuencia; la que dirigiendo la mirada en derredor, y lanzando la voz timbrada al viento, entona el inmarcesible elogio de gloria, en holocausto al celebérrimo escrito castellano, y expresa:

Hermanas, vamos hoy á honrar la memoria del natalicio de nuestro muy predilecto hijo el insigne ingenio español, Miguel de Cervantes Saavedra.

Os he convocado aquí, en estos misteriosos sitios, propenso á la melancolía, donde dominamos con la vista las ruinas de lo que el pasado se llamó templo de Delfos.

Asilo de la Pitonisa, que inspiró con el so-

plo profético á los poetas, para cantar la grandeza de los héroes y de los dioses.

Lugar el más misterioso, para meditar y evocar el recuerdo en homenaje al ingenio más esclarecido de la humanidad.

¡Ay! Porque imposible es que vayamos á plañir lúgubre llanto sobre su fría tumba.

¡Ay! No podemos volar á las márgenes del Manzanares á esparcir coronas de laurel y siemprevivas, sobre la tosca tierra que envolvió los restos del autor del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

¡Ay!... No tenemos el consuelo que los dioses concedieron á las modestas aldeanas, vecinas del lago Pontino, para colocar ramos de olorosas flores en la sepultura de nuestro muy amado Cervantes, como ellas lo ejecutaban en el mausoleo donde reposan las cenizas del armonioso cantor de Eleonora de Parma, nuestro otro inolvidable hijo el Tasso.

¡Ay!... Tampoco podemos admirar la suntuosa fábrica que el buen gusto del artista con el buríl ha modelado sobre el sepulcro de Cervantes, desprovisto de mármoles, columnas y cariatides.

Porque los restos del insigne hijo, cuya muerte tanto lamentamos, fueron, por la desgracia, relegados á la fosa común.

Yaciendo en un convento de monjas mer-

cenarias, último asilo deparado al más predilecto hijo de Apolo, al poseedor del entendimiento más agudo que se ha conocido.

Al tleta más grande de la sabiduría.

Al festivo escritor.

Al que su patria, desconocedora de los servicios que pudo prestarla Cervantes, el primer hombre de su tiempo, no supo honrarle como debía, dejándole que viviera pobre y desconocido.

¡Epoca lamentable!

Triste fáusto en que, transido de dolor, pasó el generoso hidalgo los accidentes borrascosos de la vida, arrastrándose à las plantas de los grandes que componían la corte de los Felipes, infestada por el desconcierto y la privanza de los Lermas, los Rodrigos Calderón y los Olivares.

Peregrino en este mundo de miserias, vivió obscurecido y desconocido en su patria.

Ingrata con el hombre, que con un sólo pensamiento, sugerido de su privilegiado cerebro, la hubiera levantado en el principio de su decadencia, señalándole otros felices derroteros, para su engrandecimiento en el porvenir.

¡Pobre Cervantes!

El pan le faltó muchas veces.

Rindiendo culto á la bandera que ostenta

el león y el castillo, como soldado en Lepanto, perdió la mano derecha.

Llevó con resignación las cadenas de su cautiverio en Argél.

La calumnia y la arbitrariedad le condujeron á la tenebrosa cárcel de Argamasilla de Alba.

Fué comisionado de apremio y alcabalero en Sevilla.

Llevó sus comedias á los corrales, sufriendo en más de una ocasión la indiferencia, la befa y el desprecio, por los histriones de su tiempo.

Sin llenar la tención de aquellos profanos la tragedia *Numancia* y otras obras, partos del ingenio de Cervantes, que merecen la honra de ser reputadas como de los primeros dechados de la escuela clásica.

Y murió en Madrid en 23 de Abril de 1616. La única propiedad que legó á la posteridad fué un libro.

Un libro, que conocen todos los pueblos civilizados. Un libro, que á través de los años y de los siglos, tiene la novedad de la época en que se escribió.

Un libro que nunca será viejo.

Un libro que, al inmortalizar á su autor y con apláuso, llena de fama la eterna fábula de *Don Quijote* y de su escudero *Sancho Panza*. Ese legado de nuestro predilecto

hijo, es hoy la gloria del pueblo que meció su cuna.

Ese libro le recuerda y le recordará eternamente.

¡Ay! Porque el tiempo y el progreso va aquilatando sus bellezas, haciendo justicia debida al Príncipe de los Ingénios que no le hicieron sus contemporáneos.

Ese libro que escribió un pobre manco, ha enriquecido á muchos.

Ese libro, que revela tantas excelencias del talento de su amor, es motivo de legítimo orgullo nacional, para que, rindiendo culto á Cervantes, todo buen español, con estremecimientos de entusiasmo, pueda decir lo que expresó el poeta, en la rica fábula castellana:

*¿Puede el Quijote morir?
¡Pues morir no puede España!*

Por ello, hermanas mías, ¡bendito Cervantes! que desde el cielo de su brillante inteligencia, puede reclamar de nosotras sus madres las musas, la predilección y el homenaje á su memoria, diciendo:

¡Lor al cautivo de Argel!

¡Lor al festivo escritor, que vive en la inmortalidad de las edades!

¡¡Lor á Cervantes!!

A Luz

Incentivo del deseo
Es, niña, tu lindo talle.
¿Cómo es posible que calle,
Si por hermoso... un ateo,
A un àngel viera en detalle?

Tú dás á Diana enojos
Cuando viene la alborada...
Es tu faz tan nacarada...
Son tan ladinos tus ojos...
Que de el sol eres amada.

Cabellos Febo te dió,
Tegidos en trenzas várias;
Hilos de oro convirtió
La madeja, que meció
En tus formas estatuárias.

Es flexible tu cintura,
Blanca eres como el armiño,
Es tu sonrisa de niño,
La expresión de la dulzura,
Demostración del cariño.

No amàra á la Fornarina,
Si hubiera visto Rafael
Tu belleza peregrina.
¡Què concepción màs divina,
Forjàra con su pincel!

Quedo triste, delirante,
Cuando mi vista os alcanza,
Pues veo esculpido delante
Lo del infierno del Dante,
Y exclamo: *¡Sin esperanza!!*

Almería—1880.



DIA DE DIFUNTOS

Hoy esparcen al viento sus clamorosas voces las campanas.

No suenan en son de festejos conmemorando grandiosos hechos mundanales.

Ni vibran en honor del héroe que ha sabido conquistar la corona deparada por Beldona, para hacerle el apoteosis de la gloria, por el triunfo alcanzado, que le augura la inmortalidad, al estampar su nombre en el verídico libro de la historia.

Ni porque las Musas pidan à las laboriosas Driadas de los bosques, ramos de laurel y arrayán, para arrojarlos à las plantas del génio, à quien Apolo ha escogido como uno de sus hijos, concediéndole la plétora de oro; porque exponiendo su ciencia, su filosofía, elocuencia y poesía, ha sabido elevarse al nivel de los Demóstenes, los Virgilibios y los Cervantes.

Ni porque inmundo vasallaje, en honor al tirano, despreciando las máximas de Espartaco, à costa de su lastimero estado de esclavaje, haya construido maravilla del

arte arquitectónico, cual los arcos, obeliscos y templos á semejanza de Babilonia, Menfis, Atenas y Roma.

Ni por la saturnal, que àvido de regocijo y expansión un pueblo prepara; para presenciarse la fuerza hercúlea del gladiador Marmyto, en las arenas del circo, y al compás del trueno de luminoso volador, lanza sus sonidos por el espacio la lengua de metal, armonizando con el bullicio de la muchedumbre, que en la fiesta, no piensa más que en el gozo y el placer. Nada de eso.

El cóncavo instrumento de metal no lanza sus sonidos al espacio para festejar, para halagar las vauidades mundanales, para acallar la voz de los tiranos, para el llamamiento de la pàtria en peligro.

Es más lúgubre su eco.

Es el holocausto á la muerte.

Es la voz de ultratumba, que llama á los fieles á la oración.

Es el recuerdo de los que amamos y la terrible Parca, los arrebatos del seno de la vida, aprisionados por su impía guadaña, á la que todos tenemos que hacer el debido homenaje, después de haber atravesado nuestro camino, por este despiadado y traidor mundo, antro lleno de miserias, penalidades y dolores.

¡Triste destino del hombre!

¡Término fatal de la existencia!

¡La muerte!

¡Cesación de la vida!

¡Realidad! ¡Certidumbre!

¡Virtud innegable de la verdad, porque es la única que se opone à todas las mentiras!

¡A los traspantojos humanos!

¡A las grandezas, á las altanerías, á las pequeñeces!

Porque ¡oh, muerte, en tu seno de paz se reconcentran todas las pasiones, todas las veleidades, todas las concepciones, creaciones y maravillas, que han existido y que tendrán que existir!

Tú borras el apetito desordenado, exceso de cólera y de ira: la soberbia.

Apagas la frenética sed de esa cruel enemiga de la sociedad, tan condenada por el santo libro del Evangelio: la avaricia.

Concluyes con ese fantasma de ojos cárdenos, tristeza del bien agenos: la envidia.

Ante tí desaparecen los apetitos carnales del sér humano, ese uso de ilícita costumbre: la lujuria.

La ira y todos los vicios capitales, con todas sus depravaciones, concluyen en tu seno.

Sola eres la destrucción de todo.

Tú haces que Apolo rompa su lira, Cupido sus flechas, Marte su espada.

Conviertes el hermoso y estético modelo de Vénus en asqueroso armazón huesudo, después de haber sido su materia pasto de corroedores gusanos.

Eres la única igualdad. En tí se confunden todos los nombres. Ante tí no hay jerarquías, poderes, ni grandezas.

Los reyes, sátrapas, emperadores; todos los dominadores, conquistadores y tiranos doblan ante tí su altiva cervíz.

Tú eres la única mediadora entre el capital y el trabajo.

La que terminas con esas contrariedades y luchas sociales, que se vé precisada à sostener en el mundo la raza de Adán, avivando su ambición, y por ende eres la reguladora en la batalla constante entre pobres y ricos.

Para tí no hay señores, ni párias, ni fuertes, ni débiles, ni blasones, ni distintivos de esclavaje.

Sólo al cruzar tus umbrales ha concluido la guerra.

Para nada te sirve la vanidad y el orgullo. Todo es humo que se disipa.

Los salones, los festines, las orgías; todo se eclipsa ante tu triste sombra.

Y al triunfar de la débil y frágil naturaleza, matas la familia, desunes los lazos conyugales, acallas la voz de la madre, el sus-

piro del hijo, el amor de la púdica doncella, que entona la última plegaria con lágrimas en los ojos por recuerdo del sér amado que envolviste en tu terrible Parca.

La infancia, la juventud, le madurez; todas las edades te rinden el holocausto.

Lo mismo penetras en el suntuoso palacio, que en la pobre cabaña.

Para tí son vanas las picantes chanzonetas del libertino, las lúbricas palabras de la ramera, la clase de respetos de la elegante aristocrática, la voz pundonorosa de la casta doncella, el llanto tierno del niño mecido en la cuna, cual el àngel de paz.

La moral, la degradación, las indignas acciones, la sacra voz del deber, el concierto melodioso del arte de la música, la voz de la conciencia; todo lo reconcentras en tu seno.

¡Oh, muerte; después de tí el caos!

¡Triste destino, deparado al hombre para no conocer el más allá!

Por eso, en este dia consagrado à la memoria de los que moran en tu seno, debemos acudir al llamamiento que se nos hace por medio de ese eco lastimero que lanzan las campanas al espacio. ¡Sí; debemos acudir à hacer el homenaje debido à los muertos!

Visitar las tumbas de nuestros mayores, de nuestros padres, de nuestros hijos, de

nuestras esposas, amigos, parientes y deudos.

Consagrarles un recuerdo, viva expresión del sentimiento que embarga nuestro pecho.

Acudamos ante la tumba de los que tanto amamos, y allí, junto al tronco del funeral ciprés que dá sombra á la tierra que envuelve restos tan queridos, postrémonos de rodillas y vertamos una lágrima que riegue la verde yerba que serpentea al pié del funeral sepulcro, donde yacen los restos de séres queridos que tanto hemos amado y ellos á nosotros en otros tiempos de ventura y bienandanza.

Tomemos también el ejemplo de Artemisa, ante la tumba de su esposo Mausselo, esparciendo flores en torno y ramos de siemprevivas; encendamos luminarias en su loor, que si la inmortalidad existe, ellos nos lo agradecerán desde las regiones del Em-píreo, lanzándonos el *hossana* de la gratitud y la bienvenida para el solemne dia en que la muerte decrete el oportuno juicio de nuestro destino.

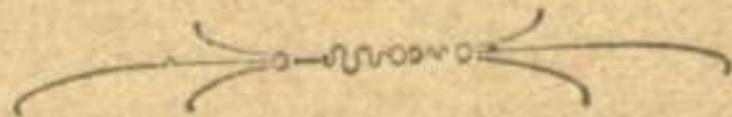
Y al dejarlos, *¡tristes y solos!* como dijo el poeta, pronuncieemos con lúgubre son la fúnebre oración del recuerdo y sentimiento nacido del corazón, en holocausto á los que ayer nos amaron y al morir, lanzando el úl-

timo suspiro, posaron sus ojos en los nuestros con la tristeza del que se aparta de los seres más queridos de su alma.

Por algo tocan las campanas sus lúgubres sonidos. Es el aviso para la meditación, la oración y el recuerdo.

¡¡Paz á los muertos!!

Cuenca—1893.



JUICIO FINAL

Angustioso en mi lecho yo soñaba.
Horrenda algarabía
Y espantosa sentí, que el alma mía
Reposo no encontraba.

Sombras informes á mi lado veo,
Y ahuyentarlas queriendo en vano lucho;
Y en medio tanto afán, triste deseo,
Ruidos mil varios con terror escucho.

Al mismo tiempo, densa, oscura nube,
Que envolvía fantasma colosal,
Miraba con sorpresa sin igual.

Con mágico poder, cual por encanto,
El fantasma, mi ser rápido sube
Hasta ignotas regiones, y entre tanto,
Dulce deliquio en mi fondo siento.

En mí volví, y me hallé ¡raro portentoso!
En un valle frondoso
Tachonado de flores tan preciosas,
Que, al verlas, halagó mi pecho ansioso
Ilusiones hermosas.

Fantasma, nube, ruidos.....
Todo, en fin, desaparecido había;

Y en cambio, percibían mis oídos
La célica armonía
De millares de acordes, que llenaban
De dulce melodía
Los céfiros suaves que halagaban
La inquieta y sudorosa frente mía.
Atónito miré,
Por mil columnas coruscantes bellas,
Sostenida gran fábrica marinoírea;
Y en ella contemplé,
Bajo dosel de fulgidas estrellas,
Rodeado de aureola fulgurante,
Un noble anciano, que con estertórea
Voz, sin par pronunciaba
Justo fallo, á la vez que por delante
De él, uno pasaba.

A sus piés, silenciosos, mústios, graves,
Como reos que esperan la sentencia,
Cuya pena presumen y no saben,
Se hallan enteras cien generaciones,
Implorando en silencio su clemencia,
Y elevando al Señor sus oraciones.

Y uno tras de otro, en ordenado turno,
A su derecha pasa taciturno;
En tanto aquel anciano venerable
Les dirige su juicio irrevocable.

*

«Tú, que al extremo llevaste
El lujo y fastuosidad,

Y nunca la caridad
En tu casa ejercitaste:
Tú, que arrojaste al mendigo
De tu zaguán, que brillaba
—Quizás porque lo ensuciaba—
En vez de prestarle abrigo;
*Por la lepra, devorado,
En un antro vivirás,
Y eternamente estarás
Sobre cieno recostado.*

*

A tí, que llevaste al cabo
El afán de tener oro
Para luego, del tesoro
Ser un miserable esclavo:
Que con usura robaste,
Que al prójimo empobreciste,
Y nunca piedad tuviste
Del infeliz que arruinaste;
*Sepulcro te dará abismo
Tan grande cual tu conciencia;
No esperes de mí clemencia,
Que fué mucho tu egoísmo.*

*

Tú, que después de escuchar
Con fé hipócrita una homilia,
Ni aun á los de tu familia
Dejabas de criticar:
Tú, que movías un lábio,

Simulando que rezabas,
 Y con el otro lanzabas
 A tu prójimo un agravio:
 Tú, que golpes en el pecho
 Dabas, y à los demás séres
 Les aumentabas deberes,
 Aminorando el derecho;
*Para siempre te hundirás
 En los profundos infiernos,
 Y allí, sin piedad, eternos
 Castigos recibirás.*

*

Tú, que fuiste en la política
 Tan infiel como inmodesto
 En pedir un alto puesto
 Al ver la ocasión más crítica;
 Y que por diversos modos,
 Aunque todos corrompidos,
 Militaste en mil partidos
 Solo por comer con todos;
*Siempre, asqueroso reptil,
 Vivirás negra mansión,
 Oyendo la execración
 De los que engañastes, vil.*

*

Tú, que con orgullo nècio,
 Creyèndote hombre de ciencia,
 Con descarada insolencia
 De Dios hiciste desprecio:

Que con sombra de cinismo
Y falta de ilustración,
Defendiste con pasión
El torpe materialismo;
*En el Averno profundo,
Entre infernales horrores,
Pagarás los mil errores
Que difundiste en el mundo.*

*

Tú, que eras rudo tendero
Y te elevaste á escritor
Escribiendo con furor
En estilo muy rastrero:
Tú, que apenas la gramática
Conocías, y en la venta,
En tu tienda, era una cuenta
Simple, para tí enigmática;
Y pretencioso manchabas
Cuartillas, y no advertías
Que con ello ni instruías,
Ni tampoco deleitabas.
*Entre el infernal horror
De desacordados sonos,
De tus malas concepciones
Escucharás la pecar».*

*

¡Ay! exclamé en mi lecho, despertando,
La última sentencia recordando:

Luego ¿al pobre que tenga la esperanza
De ser poeta renombrado un día,
La cólera de Dios también le alcanza,
Por esta de *escribir* necia mania?

Y el que sólo, cual yo, busque una hoja
De laurel para hacer un mal guisado,
¿También la cólera de Dios enoja
Siendo al bátrato horrible sepultado?

*

Así yo lo escuché: por osto solo,
Dejadme, Musas, y con vuestra gracia
Divertir el humor del buen Apolo
En tanto yo mitigo mi desgracia.

Cuenca—1886.



A. MURCIA

Luce en el cielo sus arreboles
Allí la aurora, con sus sonrisas,
Entre los musgos y minutisas
Lanza reflejos de ardientes soles.

Sobre llanuras, nimbo de brumas,
Edén formado de bellas flores,
Luce recinto de los amores,
Donde el arroyo salpica espumas.

Donde se hiergue sobre rosales
Vistosos cuadros de terebintos,
Y trepaderas en laberintos
Trazan borduras, mirto y nopales.

Dó se cobija bajo los tules
En blanca espuma, manso Segura,
Y su corriente triste murmura
Ruido sonoro de ondas azules.

En su ribera, cual valladeras,
Marcando el rimo que amor retrata,
Céfiro mece, alza y dilata,
Gentiles copas de mil palmeras.

A la luz ténue de los luceros
Copia la luna con negras sombras
Las tapizadas verdes alfombras,
Ricos paisajes de limoneros.

Bellos jardines, bajo las blondas
De la matrona de porte egregio,
La gran silueta de manto regio,
La que adivina mis penas hondas.

Fulgor hermoso su cielo baña:
La noble Murcia la fé pregona;
Tiene en sus sienes áurea corona
Eterna gloria de toda España.

*

Mi lira no ha resonado
Por pobre en este recinto;
Lira de acorde distinto
De las que aquí se han pulsado.

Lira de confuso acento
Y de débil armonía,
Que no inflama... si no envía
Patriótico sentimiento.

Y aunque de modesto sobre
Con mi fantasía inquieta...
Son lágrimas del poeta
Y el holocausto del pobre.

Del bardo sin ambición,
Que canta à Murcia querida,
Ofreciéndola la vida,
Pensamiento y corazón.

Perdón si en tu seno santo,
En horas de amargo duelo
Mis ojos elevo al cielo
É insonoro yo te canto.

Noble pátria sin mançilla,
Sin vileza ni traición,
Y que posèe el corazón
Del mejor rey de Castilla.

Del rey que murmura el labio
Alabanzas por doquier
Por las *Querellas* de ayer,
Alfonso décimo el Sabio.

¡Oh, musa! Lleva à mi mente
Las sombras de aquellos manes
De Murcia, artistas titanes
Que son lustre eternamente.

Rápida acude á prestar
Tu concurso á mi memoria,
Los anales de la gloria
Para sus famas cantar.

De Murcia son galardón
Escritores inmortales;
Los Saavedras, los Cascales
Honor de la España són.

¡Arte singular! ¡Qué brillo
De inanimadas figuras!...
Ahí están las esculturas
Del gran ingénio... ¡Salzillo!

¡Qué inspiración más divina!
¡Qué manera de escribir!
¿Hay quien iguale el decir
Del buen Polo de Medina?

¡Florida Blanca!... ¡Coloso!
El mundo entero te admira,
¡Salve Génio! si mi lira
Viene á turbar tu reposo.

¡El estadista inmortal!...
En pró de su gloria santa,
Murcia, á su fama levanta
Elevado pedestal.

¡Julián Romea! ¡Gigante!
 En la escena, eterno vive;
 Que todo actor, aún recibe
 La inspiración de este Atlante.

Entre mirtos y rosales
 Que borda esta tierra amena,
 Surgió, de Selgas, la vena
 Dulces rimas orientales.

En versos encantadores
 Las plantas acariciaba,
 Mientras Murcia se inclinaba
 Ante el *Cantor de las Flores*.

¡Cuánto el anhelar alarma!
 De murcianos soñadores
 Nacen insignes pintores,
 Con la paleta por arma.

En el mundo entero viven:
 Ván siguiendo su camino
 Con el destello divino;
 Que de Dios la luz reciben.

En la liza universal
 Conquistan gloriosa palma...
 Porque llevan en el alma
 Un sacrosanto ideal.

¡Cuántos artistas ungidos!
¡Cuánto sublime escritor!
¡Cuántos nombres con honor
En la historia enaltecidos!

¡Cuánto dichoso, que crea
Imágen que el mundo admira,
Expresión que al alma inspira,
Embelleniendo la idea!

¡Murcia; al Pindo te igualas,
Con hijos tan inmortales;
Que no conocen rivales
Por sus poéticas galas!

Que en pós de la idealidad,
Sus grandezas les abona
La magnífica corona
Que dá la inmortalidad.

*

Hizo Dios soles y mundos
Con su poder soberano,
Y al tumultuoso Oceàno
Le dió rugidos profundos.

A las corrientes, espumas;
A los arroyos, murmullos;
A las àuras, sus arrullos;
A las aves, ricas plumas;

A los bosques, su fragancia;
A las flores, su color;
Cantares al ruiseñor,
Y sonrisas á la infancia.

Ese Dios, que contemplamos
En el lago, en la colina,
En la fuente cristalina,
Y ante quien nos inclinamos.

Ese Dios, que todo es calma,
Que sin él, todo es tristura,
Remordimiento, amargura,
Aguda espina en el alma.

Después que en su amor profundo
Grandezas vertió doquiera,
Vió desde su ignota esfera
Que algo le faltaba al mundo.

Y en un pensil de Levante
De mil hechiceras sombras,
Flores y verdes alfombras,
Colocó á Murcia gigante.

Cuentan, que Dios dijo al verla
Desde el cielo esplendoroso:
«Ya es el pensil más hermoso;
Ya España tiene una perla».

*

Entre arbustos tropicales
Que riegan el río Segura,
Murcia vivía en la ventura
De los séres eternals.

El río, con mansa corriente
Sus plantas acariciaba,
Mientras Murcia reclinaba
Su hermosa faz, sonriente.

Le servía de muelle cuna
Copiosa lluvia del cielo,
Moviendo en el fértil suelo
Encenagada laguna.

De pronto, la inundación...
En estruendo pavoroso
Trueca à Murcia, su reposo
En llanto y desolación.

Me amilana comentar
Aquel fasto tan aciago
De víctimas y de estrago
Difícil de reseñar...

Piadoso por su virtud,
Esa es del mundo la voz;
Don José María Muñoz
Es digno de gratitud.

Porque ageno de tristuras
Y libre de extraño duelo,
Dió á Murcia grato consuelo
Y alivó sus desventuras.

Porque con fè y humildad
Mil lágrimas enjugó,
Y sus bienes prodigó
Con santa fraternidad.

Porque siguiendo la luz
Fraternal de los cristianos,
Ligero tendió sus manos
Para señalar la cruz.

Su amor á la humanidad
Tendrá página en la historia,
Y un altar en la memoria
Del que ame la caridad.

*

Tú eres la Isis de este Levante,
Murcia solemne, bella sultana;
Tú eres la pátria de esa galana
Joya preciada, perla brillante...

Jóven murciana, driada graciosa
De aqueste valle de las moreras,
Dó se cimbrean miles palmeras...
Imàgen de oro pura y hermosa.

De tez morena, sin arreboles,
Color de cara de la murciana,
Copia de Fidias, Vénus humana
De rasgos ojos, llamas de soles.

Ancha la frente, negro cabello
Orna su linda cabeza airosa,
Cintura esbelta, forma graciosa,
En sí el conjunto, que todo es bello.

Yo su retrato me lo imagino
En los recuadros de naranjales;
Entre los lirios y los rosales
Miro su tipo de ángel divino.

Sultana es Murcia de ese jardín,
Pintado césped, plantel de flores,
Teatro lucido de los amores;
Nido de aves, paraíso al fin.

Cantada mucho de vários modos
En las historias, en narraciones,
Por tus huertanos en sus canciones,
Por castellanos, moros y godos.

Retiro grato de melodías
Llevan el rimo de amor, excesos;
Choque de vasos, rumor de besos,
Cantos de penas y de alegrías.

De esos tus hijos, mentes inquietas,
Es el acento, son los lamentos,
Son las endechas, los sentimientos,
El canto armónico de tus poetas.

*

¡Salve, Murcia, la tierra de las flores!
La cuna del honor y la altiveza,
La pátria de las artes y los sábios,
A quien todos admiran y veneran.

¡Salve! Mi voz te canta y te saluda,
Recordando tu gloria y tu grandeza.
¡Murcia! ¡Noble Murcia! ¡Oh, pátria hermosa!
Llena de glorias y de triunfos llena.

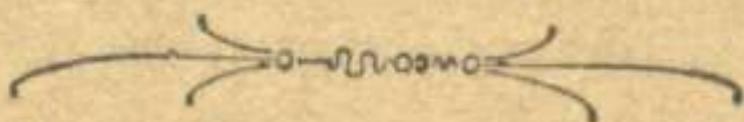
Tú, cuya historia con laureles brilla
Y tu gran nombre entre zafir se ostenta:
Donde es tus campos, tapizada alfombra
Festoneada de lirios y azucenas;

Donde Dios derramó con mano pródiga
Abundantes raudales de belleza;
Donde tus hijos, que no son ingratos,
Porque corre tu sangre por sus venas,

Como madre te quieren y te admiran
Y tu nombre bendicen y respetan...
Del entusiasmo de las almas grandes,
De amor recibe cariñosa prenda.

Peregrino cantor, pobre, insonoro,
El alma mía á su fervor se entrega,
Repitiendo doliente... y humillado:
¡Tierra donde nací, bendita seas!
*¡¡Salve, Murcia, la tierra de las flores,
La cuna del honor y la altiveza!!*

Murcia y Junio 1899.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria.	V
Carta á el autor.	VII
Contestación.	IX
Cristo.	1
La Nueva Saffo.	9
Por imprudente.	13
Europa (inédito).	15
Espronceda.	25
Consejos (inédito).	29
La Polaca.	31
Tristeza (inédito).	37
Lampegia.	39
A mi querida esposa.	51
La Cueva de la Cómica.	53
¡Venganza!.	59
Un centenario á Colón (inédito).	65
Por España.	69
La profecía de la Mulata (inédito).	75
Rimas (inédito).	83
La Mondrágora.	85
En la muerte del gran tribuno Emi- lio Castelar.	91

Un Beso y una Promesa.	95
La Pena de Muerte.	111
Orígenes del Teatro, según la historia y la tradición.	119
La Cruz de Don Jorge (inédito).	125
¡Confesión!	131
Al distinguido barítono de zarzuela Don Francisco Barnés.	137
El Hijo Predilecto.	139
A Luz (inédito).	145
Día de Difuntos.	147
Juicio final.	155
A Murcia (inédito).	161

ERRATAS

Pág.	Lín.	Dice	Debe decir
10	29	gónio	génio
27	26	<i>sedo,</i>	<i>suelo,</i>
50	5	hayes	ayes
56	26	manucrismo	manuscrito
72	6	Procurando	No. Procurando
72	25	Monroe, éstos	Monroe, aunque éstos
89	11	<i>Padilla?</i>	<i>Pardilla?</i>
106	25	infeliz	felíz
109	5	Josefina,	Serafina,
110	4	hidalguía	hidalga
129	12	<i>án vá</i>	<i>ván á</i>
142	12	fáusto,	fasto,
150	20	blasiones,	blasones,
159	1	sombra	sobra
